

Es propiedad
de V. de Lalama.

BIBLIOTECA
DRAMÁTICA.

Se venden
Cuesta y Perez.

LA CONCIENCIA.

na en cinco actos y en prosa, escrito en francés por el célebre Alejandro Dumas, y arreglado
escena española por D. Ramon de Valladares y Saavedra, representado con extraordinario
aplausos en el teatro de Variedades, el 17 de febrero de 1855.

PERSONAS.

ACTORES.

RODO RUSBERG.....	} Sres. Martinez (Luis.)
ENS.....	
N.....	Aznar.
ZETI.....	Diez.
INISTRO.....	Ramos.
.....	Albalat.
BERG.....	Detrell.
R.....	Lopez.
IAN.....	Martinez. (C.)
.....	Diez.
ERICO.....	Boix.
ION.....	Loarte.
AR TA.....	Señorita Garcia.
ANDESA SOFIA.....	Sra. Fina.
ANDESA LUISA.....	Lausac.
RUETA.....	Rejano.
ÑORA DE RUSBERG...	Taño.
RIADO.....	N. N.

La acción pasa en Manheim en 1810.

ACTO PRIMERO.

on: en el fondo una puerta que dá á un jardín; á
cha la puerta exterior: á la izquierda otra puerta
sobre un salón, en el cual se halla otra puerta,
de la cual está escrita la palabra, Caja. En
término derecha; el cuarto de la señora Rusberg;
ndo término un piano; un sillón á la derecha y
a izquierda; en este mismo lado una mesa, sillas
ondo, chimenea con espejo encima; un taburete
o, una campanilla en la mesa.

ESCENA PRIMERA.

ALDEN, solo.

e propósito deliberado hácerme esperar! Estos
erg son tan orgullosos como los caballeros del
Imperio, y sin duda ofende al señor recauda-
el Estado Rusberg, versé sometido cada trimes-
e la visita del inspector Alden.

ESCENA II.

ALDEN, CARLOTA.

CAR. (entrando y corriendo al encuentro de Alden.)
Oh! Dispensadme señor inspector; ignoraba que es-
tuvieseis aqui.

ALD. Si, señorita, estoy hace... (saca un reloj.) hace
diez y siete minutos.

CAR. Y cómo es que no han salido ni mi padre ni mi
madre?

ALD. Precisamente me asombraba de su ausencia; cuan-
do habeis entrado.

CAR. Habeis hecho llamar á mi padre?

ALD. Si; y Cristian, el ayuda de cámara, me ha res-
pondido que esperase un momento.

CAR. Oh! Creed que mi padre ignora... lo mismo que
mi madre...

ALD. Vuestra madre dormía aun, señorita; se ha dig-
nado enviármelo á decir.

CAR. Si; mi madre se levanta tarde. Es una costum-
bre...

ALD. Aristocrática.

CAR. (timidamente.) En cuanto á mi hermano...

ALD. (va á poner su sombrero y su baston sobre la mesa
izquierda.) Ya sé que no tiene costumbre de retirarse
temprano.

CAR. Pero si yo puedo servirlos de algo...

ALD. Ya sé que sois el ángel bueno de esta casa; per-
maneceis en ella cuando los demás estan fuera; velais
cuando los otros duermen; orais cuando ellos se con-
denan; sois una hija excelente, y no teneis la culpa de
que vuestro padre sea un hombre débil, vuestra ma-
dre una derrochadora, y vuestro hermano un jugador.

CAR. Señor Alden!

ALD. Voto al diablo! Estoy haciendo llorar á un ángel...
Soy tan brutal... Perdonadme, señorita. Soy un mili-
tarote antiguo, y en los campos de batalla he tomado
la costumbre de decir lo que siento, sin rodeos.

CAR. Oh! cuanto os estimo!

ALD. Me estimais, y no me habeis visto mas que tres ó
cuatro veces?

CAR. Os conozco como el mejor hombre honrado, y co-

mo el corazon mas bueno de toda la villa.

ALD. Honrado es posible; pero en cuentro á corazon bueno, os equivocais de medio á medio. Soy brutal... testarudo... Creo que solamente los tontos tienen buen corazon. Vaya! Por qué me mirais asi, hija mia? (*Carlota le coje la mano y quiere besársela.*) Qué ángel del cielo! (*la abraza.*)

ESCENA III.

Dichos, y FEDERICO.

FED. Mi padre abrazando á Carlota!

ALD. Pues! Haces que el padre sea sorprendido por el hijo!

CAR. Señor Alden, ahora no estais solo; permitidme que termine el encargo que mi madre me hizo anoche.

ALD. Id, hija mia, y que la bendicion de Dios os acompañe. (*Carlota sale por el jardin, cambiando una mirada con Federico.*)

ESCENA IV.

ALDEN y FEDERICO.

FED. Me enviasteis á decir que me reuniese con vos donde quiera que estuvieseis, padre mio, porque teniais que participarme una cosa urgente; me he informado de que estabais en la casa del señor recaudador Rusberg, y aqui me teneis.

ALD. Bien.

FED. Qué teneis que ordenarme?

ALD. Tengo que ordenarte, que te pases antes de las doce por la casa del señor de Volsem, el cual parte á las dos para Carlsruhe.

FED. Y qué he de hacer en la casa del señor Volsem?

ALD. Le darás las gracias.

FED. Por qué?

ALD. Porque consiente en darte su hija.

FED. La señorita de Volsem...

ALD. Será tu muger; y á partir desde hoy, estás autorizado para presentarte en la casa como su prometido esposo; hoy lo hemos decidido su padre y yo... Qué es esto? No me das las gracias? Enmudeces?

FED. Desde luego os doy gracias por lo que habeis hecho, ó por lo que habeis creído hacer por mi felicidad.

ALD. No comprendo...

FED. No corresponderé á vuestra bondad con el disimulo. Padre mio, no puedo casarme con la señorita de Volsem.

ALD. Oh! que no puedes casarte...

FED. No, padre mio.

ALD. Quisiera conocer las razones; la familia es rica, tiene una buena posicion en la corte del gran Duque; la hija es honrada, jóven, bella...

FED. La muger que me habeis escogido es la que me conviene, pero...

ALD. Pero qué? Veamos!

FED. Pero... yo amo á otra muger.

ALD. Ba! ba! La respuesta ordinaria de los hijos rebeldes. Amo á otra! Soberbia razon!

FED. Es la única que encuentro: amo á otra, de quien soy correspondido.

ALD. Y quién es esa otra? La conozco yo!

FED. La conoceis.

ALD. En dónde está?

FED. En este momento lo ignoro; pero no hace mucho que se hallaba en vuestros brazos.

ALD. La hija del recaudador del Estado?

FED. Carlota de Rusberg, padre mio.

ALD. Eso no te conviene.

FED. Me negareis la muger que haria mi felicidad, sin

decirme las razones de esa negativa?

ALD. Oyelas; no puede ser, no debe ser, no quiero que sea. En cuanto á las otras razones, espera seis meses, tres, ocho dias tal vez, y las conocerás tambien pronto yo. (*yendo por el sombrero.*)

FED. Esperaré el tiempo que dispongais, porque es que un dia vendrá en que apreciéis á Carlota.

ALD. Ese dia ha llegado; aprecio á Carlota mucho, pero su familia no vale nada. (*quiere salir.*)

FED. Explicaos, padre mio.

ALD. Oyeme; si permaneces siendo lo que eres, no harás gran cosa; es necesario que vayas mas lejos; necesitas proteccion y fortuna, porque sin esto, te echarán Federico Alden, abogado sin causas, hijo de Pedro Alden, inspector de rentas; es decir, un pececillo de diablo, enterrado en el mas escondido cuartel de un aldehuela de provincia. Si al menos fuese rico... no se; pero soldado caduco, con un retiro de doscientos thalers y un destino de quinientos, al morir no te dejaré otra cosa que una casa sin deudas, y un nombre sin mancha. Los Rusberg están completamente arruinados; el padre es un loco, la madre una orgullosa, el hijo un jugador, y la hija... la hija ha sido educada como si debiera casarse con un príncipe.

FED. Ya veis que esa educacion no ha influido en su razon, puesto que me ama.

ALD. Canciones y mas canciones! Ve á visitar al conde Volsem, y no mortifiques mas tiempo mis cosas con planes descabellados é imposibles!

FED. Imposibles!

ALD. Imposibles! Yo soy quien te lo dice; yo soy quien te lo repite. Nunca será tu muger la hija del recaudador del Estado Rusberg. (*se dispone á salir.*)

FED. Entonces, padre mio, nunca lo será otra; porque he dado mi palabra.

ALD. Qué? (*deteniéndose en la puerta.*)

FED. Contando con esta palabra, ha rehusado Carlo baron de Volfrang, agregado á una embajada.

ALD. Pero la has dado tu palabra?

FED. Se la ha dado.

ALD. Le has dicho: «á fé de Alden?»

FED. La he dicho: «A fé de hombre honrado.

ALD. No me engañas?

FED. Os lo juro!

ALD. Entonces... es preciso que te cases con ella.

FED. Padre mio!

ALD. Esto desbarata mis planes; esto me causa un disgusto; pero si has dado tu palabra, si has dicho fé de hombre honrado, no lo serias faltando á ella. Es necesario que te cases.

FED. Oh! Sabia que erais el mas leal de los hombres.

ALD. Voy á verificar otras inspecciones. En fin, puesto que no tiene remedio, no hablemos mas de ello. Tu eres quien vá á esperar al recaudador del Estado y á decirle... lo que tengas que decirle; yo en vez de examinar la caja hoy por la mañana, la examinaré por la noche. A Dios.

FED. Padre!

ALD. A Dios, á Dios! No me sorprende ahora que la chicuela me dijese que me queria, y que me besase las manos! Ah! Sirena! Sirena! (*vase.*)

ESCENA V.

FEDERICO, solo.

Ah! Se ha arreglado todo mejor de lo que yo creia. En esa corteza ruda se encierra un buen corazon! Ahora puedo ir en busca de Carlota, y decirle... El señor Rusberg!

ESCENA VI.

RUSBERG, FEDERICO.

CS. Buenos días, señor Federico! Esperaba la visita de vuestro padre; pero no la vuestra, mas lo inesperado de ella me la hace aun mas agradable.

ED. Es cierto lo que me decís? (tomándole la mano.)

CS. Os digo la verdad; os amo y os estimo. Qué causa guía vuestros pasos?

ED. No es una causa vulgar.

CS. En efecto, pareceis muy conmovido. Qué teméis?

ED. Una respuesta desfavorable á la demanda que vengo á haceros.

CS. Lo que tengais que pedirme no puede ser deshonoroso. Ya os escucho.

ED. Una palabra os lo dirá todo; amo, y la muger á quien amo, es Carlota.

CS. Amais á mi hija?

ED. Puedo decir: «Si, padre mio?» (tomándole la mano.)

CS. Estaba lejos de creer... (sentándose.) Sentaos un momento.

ED. Dejadme oiros de pie.

CS. No os detendré mucho tiempo; á franca demanda, franca respuesta. Amais á mi hija, y esto me satisface mucho, porque merece que la ame un hombre honrado como vos.

ED. Oh! me haceis feliz!

CS. Esperad. Sois jóven, y debeis tener ambicion. Vuestra obligacion es ir al encuentro de la fortuna.

ED. Me está prohibido llegar á ella por el camino de la felicidad?

CS. Señor Alden, no somos lo que creéis.

ED. Qué quereis decir?

CS. Las apariencias os engañan, hijo mio! Nos creéis ricos, y somos pobres; el que amé á mi hija debe marlarla por si misma; Carlota no tiene un florin de dote. Ahora dadme un abrazo, y no me negais vuestra mitad.

ED. Os abrazo, y os pido de nuevo su mano. Lo que cabais de decirme lo sabia ya.

CS. Por quién?

ED. Por Carlota misma.

ESCENA VII.

Dichos, CARLOTA.

CS. Qué es lo que sabiais?

ED. Nos estabas escuchando?

CS. No; pero al oirme nombrar... (bajando la vista.)

ED. Por qué no me has revelado este amor, hija mia?

CS. Como hace tiempo estais triste y abatido....

ED. Le amas como él te ama?

CS. No sé como me ama Federico, pero si sé que le amo con ternura.

ED. Y os conocéis bien el uno al otro? (tomando la mano de Carlota.)

CS. Bendecidnos, padre mio!

ED. (tomando la mano de Federico.) Reflexionad mis labras. No os pregunto si os amais... os pregunto si os conocéis; no quiero saber si vuestro amor existe; solo saber si durará.

CS. Respondo del mio, porque descansa menos sobre la belleza de Carlota, que sobre la estimacion que la me hace.

ED. Padre mio, mas allá del esposo veo al amigo, y el amigo perdonará sus flaquezas á la mejor de las amigas.

CS. Ambos lo quereis; Dios lo quiere tambien. Federico, tú eres el hombre; es decir, la fuerza. Considera

que los trabajos, los desvelos de la vida te conciernen; cuando los hayas soportado todo el dia, sacúdelos á la puerta, como un peregrino sacude el polvo del camino, y entra alegre en tu casa; respeta, el alma de la esposa y de la madre, aun cuando ella no posea ya ese velo virginal que tus lábios correrán un dia de la mejilla de la jóven inocente. Sé siempre el señor, pero nunca el tirano; ordena, no tortures.— Carlota, tú eres la muger, es decir, la debilidad, pero al mismo tiempo el encanto de la casa. Despues de los cuidados y los trabajos de la vida, que tu esposo halle en ti la ternura que consuela de todas las penas, la alegría que la hace olvidar. Estimareis estos deberes? Lo prometeis el uno y el otro?

FED. Siempre, padre mio!

CAR. Siempre!

RUS. Entonces, abrazadme; teneis mi bendicion; pediré por vosotros la de vuestra madre... Dejadme con ella... tengo tambien que hablarla de cosas que dichas delante de vosotros, entristecerian vuestros pobres corazones. Que no haya nubes para vosotros, si es posible, en un dia como este. (Federico y Carlota van hácia el jardín, allí Carlota se detiene, vuelve á echarse en los brazos de su padre y sale con Federico.)

ESCENA VIII.

RUSBERG, LA SEÑORA DE RUSBERG.

SEÑO. Carlota con el señor Alden! (saliendo puerta derecha.)

RUS. (invitándola á sentarse.) Os lo explicaré al momento; tengo que hablaros.

SEÑO. Con qué gravedad me lo decís!

RUS. Os tengo que hablar de cosas graves. (tomando una silla del fondo.)

SEÑO. Me parece que habeis llorado!

RUS. Con los años de la juventud pasa el tiempo de las sonrisas. Reclamo toda vuestra atencion; y si por casualidad, en lo que voy á deciros, saliese de mis lábios alguna palabra que os lastimase, protesto de antemano que será contra mi deseo.

SEÑO. Nada puede herirme viniendo de vos.

RUS. (sentándose.) Cuando me aceptasteis por esposo, yo era pobre y vos rica.

SEÑO. Rusberg!

RUS. Hay necesidad de establecer esta base. Educada en medio del lujo de una vida brillante, no tuvisteis valor para reformar ese lujo, ni yo fuerzas para rehusaros nada; habeis vivido, señora, no segun nuestro estado, sino segun vuestro nacimiento; me he contentado con ahorrar lo mas posible en mis gastos. Esta economia os ha permitido ser feliz un año ó dos mas, puesto que la felicidad la cifrabais en el lujo. He llevado las cuentas mas exactas, no diré de nuestra fortuna, si no de la vuestra; señora, estais completamente arruinada.

SEÑO. Arruinada!

RUS. Tengo en el pupitre la justificacion de lo que os digo, y las cuentas de mi administracion.

SEÑO. Mi marido darme cuentas! He aqui lo que habeis previsto... he aqui lo que me ofende.

RUS. No me comprendéis. Necesitaba probaros que cuando me casé con vos, buscaba vuestro corazon, no vuestra fortuna; necesitaba probaros, que esta fortuna ha sido siempre vuestra, y que de ella no se ha distraido la mas pequeña porcion, ni aun para educar á nuestros hijos. Ahora, esposa mia, no nos resta mas que mi sueldo de recaudador del Estado... quinientos florines. Ya veis que con esto es imposible sostener una casa que hasta ahora ha gastado seis ú ocho mil por

año. Por mi parte no tengo que hacer cambio alguno en mi existencia, porque siempre he vivido como un pobre empleado; pero de vuestra parte es diferente.

SEÑO. (*levantándose.*) Me someteré á todo, sintiendo una cosa solamente; que mi arrepentimiento no pueda espiar mis faltas.

RUS. De su sinceridad dependerá en adelante el reposo de nuestra vida. En cuanto á Carlota, se ha encontrado para ella un partido; el jóven Alden la ama, y acaba de pedirme su mano.

SEÑO. Y se la habeis concedido?

RUS. Con mucho placer.

SEÑO. Considerad que hará un casamiento pobre.

RUS. Os lo parece así?

SEÑO. Rango, educacion, relaciones de mundo... Todo daba á nuestra Carlota derecho para esperar mejor partido... sin contar con que somos de la nobleza.

RUS. Pobre nobleza... al menos por mi parte; nobleza de trage.

SEÑO. Y que esa desigualdad de clases podria perjudicar las miras de su hermano.

RUS. Si; sus miras respeto á la señorita de Quenisteng, una jóven, rica, noble, orgullosa, por la cual se arruina Eduardo, y que no consentirá nunca en casarse con él. Sé que vais á tratar mi opinion de extravagante; sé, que gracias á vuestros gastos impremeditados, vos y vuestro hijo os creeis próximos al objeto; pero yo veo claro, y os anuncio que hoy ha de tener Eduardo la promesa de esa jóven, ó no volverá mas á esa casa.

SEÑO. Dándole un plazo tan corto, perdeis ciertamente la ocasion de establecer á vuestro hijo.

RUS. Tanto mejor!

SEÑO. Tanto mejor, decis?

RUS. Si; daré gracias á Dios con toda mi alma, al ver que un jóven bueno y leal sale de la sociedad de los jugadores y de los hombres disipados, para entrar en la senda de las personas honradas. Cristian? (*llamando.*)

ESCENA IX.

Dichos, CRISTIAN.

CRIS. Señor?

RUS. Decid á Eduardo que su madre quiere hablarle.

CRIS. Si señor, voy... (*turbado, llevándose la silla de Rusberg.*)

RUS. Ya conoceis mis intenciones, señora! Espero que en veinticuatro horas la familia Quenisteng haya tomado un decision respecto á vuestro hijo. (*á Cristian que no ha salido.*) Qué haceis?

CRIS. Es que el señor Eduardo...

SEÑO. Yo le veré. (*vivamente.*) No me hablasteis de entregarme unos papeles? (*á su marido.*)

RUS. Las cuentas? Celebro mucho que deseais verlas... Venid!

SEÑO. (*bajo.*) Cristian, no está mi hijo en su cuarto?

CRIS. No señora. (*bajo.*)

SEÑO. Ha salido ya, ó no ha vuelto desde ayer?

CRIS. No ha vuelto, señora.

SEÑO. Mas bajo! Esperadle, y prevenidme así que venga. (*alto á su marido.*) Ya os sigo, amigo mio. (*entran en el despacho.*)

ESCENA X.

CRISTIAN.

Esperar! Dios sabe cuanto tiempo esperaré! Pero si el señor Eduardo no viene, no faltan gentes que vengan por él! Cinco citaciones judiciales, y siete ú ocho facturas para hoy solamente, y apenas son las diez de la mañana.

ESCENA XI.

CRISTIAN, ENRIQUETA; despues SALOMON.

ENR. Señor Cristian, en la antesala hay muchos arteños, y un hombre muy feo y muy mal vestido; to preguntan por el señor Eduardo.

CRIS. Decidles que no está.

SAL. (*sacando la cabeza por la puerta del foro*) puede entrar? (*se desliza en el salon como una cobra.*)

CRIS. Vos otra vez?

ENR. Este es el feo! (*bajo á Cristian.*)

CRIS. Qué venis á hacer aqui?

SAL. Vengo á decir dos palabritas á mi muy querido señorito Eduardo.

CRIS. No está en casa!

SAL. Válgame Dios, y cuanto lo siento!

CRIS. Decidme lo que quereis decirle, y yo se lo transmitiré.

SAL. Con mucho gusto. Queria participarle, quicuentecita... la cuentecita de cien luises... Ya sabéis.

CRIS. No; no sé nada.

SAL. No lo sabeis! Loado sea Dios! Pues bien... tengo yo necesidad de un poquito de dinero, me he visto obligado á deshacerme de todos los créditos que tenia en mi favor; de suerte que el señorito Eduardo no está ya en mi poder. Y como el que ahora lo posee, no tiene el mismo buen corazon que yo... que me esté mal el decirlo...

CRIS. Acabad!

SAL. Ha entablado contra él... ¡que atrocidad! un juicio ejecutivo!

CRIS. Lo que quiere decir, que si el señor Eduardo no paga...

SAL. Dentro de veinticuatro horas...

CRIS. Será preso?

SAL. No sabeis las lágrimas que he derramado. (*se ternece y saca un pañuelo muy roto, con el cual se limpia las lágrimas.*)

CRIS. Ladron!

SAL. Con quién hablais?

CRIS. Te llamo por tu nombre! (*bajo á Enriqueta.*) Intentad de librarnos de todos los que hay fuera.

ENR. (*bajo.*) No quieren irse. Dicen que esperan á mi señor Eduardo, aunque sea hasta mañana.

SAL. Estoy seguro de que esta preciosa niña anunciará lo bajo, que ha vuelto el señorito Eduardo.

CRIS. Quereis saber lo que me dice?

SAL. No soy curioso, pero si os empeñais...

CRIS. Dice que la señora de Rusberg os ha visto entrar.

SAL. Pobre señora mia! Dios le conserve los ojos!

CRIS. Y que intranquila al saber que está en su casa el hombre de tan mal aspecto como vos, me ordena que diga quién sois.

SAL. Y qué le respondeis?

CRIS. Que sois un viejo infame, al que voy á poner en el arroyo.

SAL. Señor Cristian! (*amenazando.*)

CRIS. Señor Salomon!

SAL. Vuestro muy humilde servidor, señor Cristian. (*con mucha dulzura y vase.*)

ESCENA XII.

Dichos, menos SALOMON.

CRIS. Cuando reflexiono que la ley no puede herir á los reptiles, que se escapan siempre, y que al abrigo de toda persecucion pueden, con descaró, devorar la poca sustancia que nos resta!

ENR. Ah! teneis razon, señor Cristian! Creo que á

gar por lo que pasa, poco nos resta. Sabeis que la señora me despide?

CRIS. No podia tardar...
 EDU. Me despide lo mismo que á la otra doncella. Además, el señor vende sus caballos, y ha arreglado las cuentas del cochero, del criado, y del cocinero, si bien ahora... (se oye ruido en la antesala.) Qué es eso?

EDU. El señor Eduardo que entra y sacude á sus proveedores.

CRIS. Dios mio!
 EDU. (abriendo la puerta del jardin.) Pasad por aqui, si temeis hallaros en medio de ese laberinto.

EDU. Prevengo á la señora que ha vuelto el señor Eduardo?

CRIS. Si; no, dejadme ese cuidado. (vase Enriqueta.)

ESCENA XIII.

CRISTIAN, EDUARDO vestido con mucha elegancia, pero en desorden.

EDU. Idos al diablo! (cerrando la puerta con violencia.) Cristian, quiénes son todos esos miserables que pueblan la antecámara?

CRIS. Señor, esos miserables son personas á quienes habeis comprado alhajas, ó que os han prestado dinero, y vienen hoy á que se les pague.

EDU. He prohibido que se deje entrar á esa canalla.

CRIS. Pero ellos han entrado á pesar de la prohibicion.

EDU. No hay criados aqui? Qué hacen el cochero, el cocinero, y el ayuda de cámara?

CRIS. Hacen sus maletas.

EDU. (entreabriendo la puerta.) Lo siento mucho, pero quiero cobrar...

CRIS. Otra vez!

EDU. Esperadme! (se lanza detrás de Salomon, que cha á correr.)

ESCENA XIV.

EDUARDO.

qué vida, Dios mio! El cocinero, el ayuda de cámara, y el cochero hacen sus maletas! Será verdad, como mi madre me decia, que estamos arruinados? Ah! pobre madre! Y cuando reflexiono que con una oca de suerte podria repararlo todo... que esta noche he tenido hasta quince mil florines delante de mi, que con el doble de esta suma pagaba mis deudas, no jugaria mas... He querido doblar... pero he perdido... Cristian! Cristian!

ESCENA XV.

EDUARDO, CRISTIAN.

EDU. Señor, un poco de paciencia; es muy difícil des- pedir á las gentes que vienen á reclamar su dinero.

CRIS. Y han partido?

EDU. Si,

CRIS. Podré tener un cuarto de hora tranquilo?

EDU. Lo espero.

CRIS. Toma, Cristian. (sacando su reloj, su cadena y el alfiler de la corbata.)

EDU. Qué quereis?

CRIS. Necesito dinero; vende este reloj y ese alfiler; van cien luises.

EDU. Pero señor, apenas me darán treinta.

CRIS. Si te dan treinta, tómalos.

EDU. Señor!

CRIS. Corre!

EDU. Lo quereis asi?

CRIS. Si, es preciso que vuelva de donde vengo. Espera. Preguntado mi padre por mi?

CRIS. Anoche y hoy por la mañana.

EDU. Y mi madre?

CRIS. Muchas veces.

EDU. Pobre madre! Mi hermana! (viéndola.) Vé, y no digas una palabra. Necesito dinero... lo necesito: toma lo que teden, aunque no sean mas que veinte luises... no te detengas!

ESCENA XVI.

EDUARDO, CARLOTA.

CAR. (echándose en sus brazos.) Buenos dias, Eduardo!

EDU. Buenos dias, hermana.

CAR. No has venido esta noche?

EDU. Ya lo ves.

CAR. Qué mal haces, Eduardo. (tristemente.)

EDU. Vamos, vienes á predicarme moral? (yendo á sentarse en el sillón de la derecha.)

CAR. (apoyándose en su respaldo.) No; vengo á decirte que cuando no vienes, tu hermana y tu madre lloran mucho. Y mi padre... Dios te perdone, Eduardo, porque tú no lo haces con mala intencion... mi padre llora tambien.

EDU. Qué quieres, hermana mia? Estoy en un mundo en el que me distraigo; una discusion interesante arrebatada, se estiende mas de lo que se piensa; uno propone tomar alguna cosa, y la noche se desliza de esta manera.

CAR. Eduardo, el mundo nos ha arrebatado tu corazon; con tal que sepa apreciarlo!

EDU. El corazon del hijo y del hermano, está siempre con vosotros; el corazon del amante es el que está en otra parte.

CAR. Y esa muger, por la que tantos sacrificios haces, te amará al menos?

EDU. Asi lo espero.

CAR. No te lo ha dicho?

EDU. No; pero me lo ha dejado adivinar.

CAR. Eduardo, cuando se ama, no se deja adivinar; se dice claramente.

EDU. Carlota!

CAR. Si; y me parece un proceder sencillo; yo amaba á Federico Alden, y se lo he dicho.

EDU. Y qué han pensado de ella nuestros padres?

CAR. Han pensado que habia hecho muy bien.

EDU. (levantándose.) Si; eso es lo que pasa en la clase media.

CAR. En la clase media! Esa ambicion por salir de tu clase, es la que te pierde.

EDU. Veo que mi hermana me considera como perdido.

CAR. Si tú quisieras, qué felices podriamos ser aun!

EDU. Tranquilizate, hermana mia, todo se remediará.

CAR. (llevándole delante de un espejo.) Entre tanto, mírate en este espejo.

EDU. Las emociones del juego! He perdido! (se pasea con agitacion.)

CAR. Eduardo, tú necesitas dinero; yo no tengo mucho, pero me consideraria tan feliz si lo aceptases... Toma, hermano mio, es mi bolsillo!

EDU. Carlota!

CAR. Sé que es muy poco; pero nunca he tenido alhajas. No importa; toma esto!

EDU. Ah! (cubriéndose el rostro con las manos y dejándose caer en el sillón derecha.)

CAR. Madre mia! (viendo á su madre, que acaba de entrar y que se ha ocultado.)

ESCENA XVII.

Dichos, SEÑORA DE RUSBERG. Carlota sale al encuentro de su madre y la abraza tiernamente.

CAR. Sed buena para él!

SEÑO. Ah! no es mi severidad la que debe temer. Eduardo?

EDU. Madre mia! (*se estremece y se levanta para ir al lado de su madre.*)

SEÑO. Has perdido otra vez?

EDU. Si.

SEÑO. Mucho?

EDU. Demasiado!

SEÑO. Sabes que nuestra fortuna está agotada?

EDU. Lo sé.

SEÑO. Sabes que somos pobres, muy pobres?

EDU. Madre querida!

SEÑO. Escucha; las cosas no pueden permanecer en este estado mucho tiempo.

EDU. Lo comprendo!

SEÑO. Es preciso que la mujer á quien amas, corresponda ó rechace tu amor; te diga si, ó no: tu padre lo exige.

EDU. Si, madre mia, tiene razon; es preciso.

SEÑO. Y si te rechazase?

CAR. (*vivamente.*) Ella le ama, él lo cree al menos.

EDU. Me ama, madre mia.

SEÑO. Rechazarte! Piensas que una mujer puede rechazar á mi hijo; porque no es bastante rico; porque la fortuna á que tenia derecho, yo la he disipado locamente?

EDU. No digais eso, madre mia!

SEÑO. Pobre! Soy pobre, y para ser feliz, hijo mio, se necesita dinero.

EDU. Madre mia, os juro que todo se decidirá hoy.

SEÑO. Pero y si te rechaza, desgraciado?

EDU. No estareis á mi lado? Me consolareis en mi amor deshecho, y yo me esforzará para distraerós en vuestra fortuna perdida! Oh! si ella me rechaza; yo que tanto he respondido de su fé! Tendria que reparar muchas faltas para con vos, para con mi hermana, para con mi padre, y tal vez para conmigo mismo. Si me rechaza! Oh! madre mia! Si me rechaza, seré muy desgraciado.

SEÑO. Aquí está tu padre!

ESCENA XVIII.

Dichos, RUSBERG.

RUS. Eduardo, osha hecho conocer mi voluntad vuestra madre?

EDU. Si, padre mio.

RUS. Habeis llorado?

EDU. Mi madre es desgraciada!

RUS. Por culpa vuestra.

SEÑO. Rusberg!

CAR. Padre mio!

RUS. Eduardo, quiero que sin pérdida de un instante vayas á ver á la familia de Quenisteng; necesito de su parte una respuesta clara y precisa.

EDU. La tendreis, padre mio; y permitidme esperar que sea satisfactoria. Si hubieseis consentido en ir una vez sola á esa casa, habriais visto...

RUS. Lo que vos no veis... que se os desprecia.

EDU. Padre!

RUS. Basta! Podriais ser el primero de vuestra clase y quereis ser mejor el último de otra; id á buscarme esa respuesta... la espero. Pero como os han visto este reloj y este alfiler, recobradlos; necesitais treinta luises; tomadlos... mas no los juguéis, Eduardo, son los últimos de que disponemos.

EDU. Padre mio!

RUS. Qué os pasa?

EDU. Guardad ese dinero; guardadlo. No lo quiero... permanezco aqui.

SEÑO. Hijo!

EDU. No, no; no iré mas. No me dejeis, madre, hermana mia; decidme que podeis perdonarme, y no vuelva á la casa maldita.

RUS. Bien, Eduardo, mas para que yo pueda contar con tu resolucion, es preciso que sea puesta á prueba. Toma; si á tu vuelta has podido resistir á la tentación fatal, si has sabido triunfar de ti mismo, entonces hijo mio, habrás hecho alguna cosa grande; entonces podrás cumplir la promesa que nos hagas. Yo mismo te abro la puerta; yo mismo te invito á salir. Ve á casa de la señorita de Quenisteng.

EDU. Padre!

RUS. Vé... esperaré á tu vuelta para abrazarte.

(Rusberg se sienta á la izquierda, la señora de id., al lado de su marido; Eduardo pronto á salir, saluda á padre, y abraza á su hermana. Cuadro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CRISTIAN, solo.

Me dicen que arregle el salon! Si esto continua asi, v ser una cosa muy facil el arreglar toda la casa. Habrá nada en toda ella.

ESCENA II.

CRISTIAN, UN LACAYO de gran librea!

LAC. Puesto que nadie me responde, entro.

CRIS. Qué quereis?

LAC. Está el señor Eduardo Rusberg?

CRIS. En este instante no; qué le quereis?

LAC. Traigo una carta de mi amo, el baron Danberg. Se trata de una deuda del juego.

CRIS. (*viendo á Rusberg que sale de la Caja.*) Chist! digais nada delante del padre.

LAC. Comprendo.

CRIS. Si tiene respuesta se llevará.

LAC. No; voy al hotel de Europa, y al volver entro por ella.

CRIS. Idos! (*el criado sale.*)

ESCENA III.

RUSBERG, LA SEÑORA DE RUSBERG, CRISTIAN.

RUS. Quién es ese hombre?

CRIS. El lacayo del baron de Danberg, que traia carta de su amo para el señor Eduardo.

RUS. Es decir que este no ha vuelto?

CRIS. Todavia no.

SEÑO. Pero ya no puede tardar.

RUS. Cristian, vé á la antesala; espero con impaciencia al señor Alden. Si hay algun acreedor ó algun agente judicial esperando á Eduardo, trata de alejarles y que no se hallen en contacto con el inspector!

CRIS. Haré lo que pueda, señor.

ESCENA IV.

RUSBERG, LA SEÑORA DE RUSBERG.

RUS. Pobre Cristian! Ya sé que harás lo que pueden, y vos la primera, posa mia; dejadme daros las gracias por el valor que has cumplido la promesa, y prepárate para realizar el último sacrificio.

SEÑO. Cuál?

RUS. Hay que poner en venta esta casa.

SEÑO. Oh! una casa que habitamos hace veinticu

años, una casa que era de mis antepasados! Os. Quieres mas que tengamos deudas? Quieres mas que seamos perseguidos? Quieres mas que se dude de mi y que me vea obligado á dar mi dimision de recaudador del Estado?

Seño. Oh! no, no. Vuestro destino es nuestro único recurso. Vended la casa cuando querais.

Os. Silencio! Aqui viene el señor Alden á fijar conmigo las condiciones del casamiento de nuestros hijos.

ESCENA V.

Dichos, ALDEN, CARLOTA.

R. No os agrada mas que sea yo quien os introduzca?

D. Si, pero no queria incomodaros

R. No me incomodais; sabia que veniais, y os he esperado.

S. Bien venido, señor Alden.

D. (secamente.) Servidor, señor consejero; servidor, señora.

Seño. Caballero...

D. Vengo antes de lo que me esperabais, no es verdad?

S. A cualesquiera hora sois muy bien venido. Pero en dónde está nuestro abogado?

D. Haciendo una defensa en el tribunal; pero tan luego sea absuelto ó condenado su hombre, vendrá aqui.

R. Estoy segura de que ganará su causa.

D. Sabéis, señora, que teneis aqui una muchacha encantadora? Qué edad?

Seño. Diez y siete años.

D. Ea, vamos á ver. Los dos chicos quieren casarse?

R. Asi parece.

D. Bien; no encuentro inconveniente.

Seño. (picada vá á sentarse á la izquierda.) No veis inconveniente! Eso nos envanece mucho, señor Alden.

D. No, no os hagais ilusiones, porque no siempre ha do asi.

Seño. Señor inspector, esta es la primera vez que oigo na cosa semejante.

D. Y si es la verdad, por qué no la habeis de oir?

Seño. Con que este casamiento os desagradaba?

D. Quiero decir, que cuando mi hijo me habló de él por primera vez... hubiera querido mas romperme s dos piernas.

Seño. Muy agradecidos, señor Alden.

D. Yo no sé disimular, señora; cada cual tiene sus proyectos respecto á sus hijos. Al principio, pues, me desagradó el asunto; pero luego dije para mi, la chica es buena, el padre es honrado... la madre... solamente la madre es la que tiene la cabeza algo atronada...

Seño. Señor Alden!

D. Mi hijo ha dado su palabra, y como yo nunca he faltado á mis promesas, no quiero que mi hijo falte á las suyas... Por eso he consentido...

Seño. Escuchad. (lleva á Alden á la derecha.) Para recompensaros por haber consentido en nuestro casamiento, nuestro único pensamiento será vuestra disolucion, vuestra alegria y vuestra felicidad.

D. De veras, hija mia?

Seño. Os lo juro en mi nombre y en el de Federico.

D. Con que es decir que os encargais de mi?

Seño. Vivireis en nuestra casa con nosotros, y vereis como tanto os cuidaremos.

D. Eso no me disgustará. Hace ya cinco años que me di á mi pobre Margarita, á mi idolatrada muger,

que tenia diez años menos que yo. Contaba con ella

para mi vejez; porque debía sobrevivirme en el órden comun de las cosas. Pero las tornas se volvieron, y echó á andar delante de mi para el otro mundo. Mi hijo tiene sus negocios, sus estudios, sus relaciones...

Ademas, los hombres... De suerte que ya no tengo á nadie que me cuide; cuando, de tiempo en tiempo, la vejez me hace decir: «Espérame, Margarita; no tardaré mucho en reunirme contigo.» Nuestro cuerpo encierra una porcion de servidores que nos obedecen sin réplica, mientras que somos jóvenes. ¿Es preciso estirar la pierna? La pierna se estira por sí sola. Es preciso levantar el brazo? El brazo está en el aire antes que el pensamiento haya tenido tiempo de mandárselo. Pero llega una hora, hija, en la que estos criados... es verdad que nos sirven aun, pero á cada paso raciocinan, hacen observaciones, y gruñen, hasta que un dia, se niegan del todo á hacer el servicio. Entonces, buenas noches... es preciso marcharse. Gracias á Dios no estoy aun en ese caso, y cuento todavia con diez años para hacerlos rabiar. Abrazadme, hija mia; y nosotros, señor consejero, vamos á arreglar el asunto. (toma el brazo de Rusberg.) Señora de Rusberg, servidor vuestro... Por qué lado vamos?

Rus. Por aqui, señor Alden. (salen por la derecha.)

ESCENA VI.

SEÑORA DE RUSBERG, CARLOTA.

CAR. Qué hombre mas excelente! No es verdad, madre mia?

SEÑO. Es preciso acostumbrarse á su rudeza.

CAR. Si, pero el corazon es bueno! (Cristian entra y le habla.)

SEÑO. Qué dice Cristian?

CAR. Mi hermano entra con uno de sus amigos, el caballero Ritan, y Cristian cree que querrán estar solos.

SEÑO. Dios mio! serán nuevas desgracias?

CAR. Bajemos al jardin, mamá; y así que parta el caballero Ritan, Cristian nos avisará. No es verdad, Cristian?

CRIS. No faltaré, señorita.

CAR. Vamos...

SEÑO. Con tal de que esto no acabe peor de lo que tememos!

CAR. Valor, madre mia... Dios está con nosotros! (vanse.)

ESCENA VII.

CRISTIAN, solo.

Me parece que por el momento es el diablo! He visto venir desde lejos al señor Eduardo, y trae un aire tan sombrío.

ESCENA VIII.

CRISTIAN, EDUARDO, RITAN, EL BARON.

RIT. Vamos, la frente erguida! Valor! No eres hombre?

EDU. Si, tienes razon, Ritan... valor!

RIT. Qué diablo! No eres un jugador de ayer!

CRIS. (Apuesto á que en vez de ir á casa de la señorita de Quenisteng, ha vuelto al juego.)

RIT. Luego, tu obstinacion en aquella carta...

EDU. Si, esa obstinacion me ha costado cara. He perdido cuanto llevaba; y ademas mil escudos sobre mi palabra con el baron Danberg.

CRIS. A propósito del baron Danberg, su lacayo sale de aqui, y me ha dejado para vos esta carta.

EDU. Si, sé lo que es. (estruja la carta.)

RIT. No lees esa carta?

EDU. A qué fin? Me pide sus mil escudos! Le habia

ofrecido que los tendria á las nueve, y ya son las doce.

CRIS. El lacayo ha dicho que al volver del Hotel de Europa se pasará por aqui.

EDU. Está bien! (vá á sentarse á la izquierda.) Déjanos, Cristian.

CRIS. Es que tengo que entregaros aun...

EDU. Qué?

CRIS. Otro papel.

EDU. Dame.

CRIS. Tiene sello oficial.

EDU. Vete... Está visto... (leyendo.) Es una maldición!

RIT. Qué es?

EDU. Que hasta ahora solo hemos visto el relámpago; ahora acude el trueno!

RIT. Pero habla.

EDU. Recuerdas aquel asunto de los mil doscientos florines?

RIT. Por el cual te perseguian...

EDU. Acaban de obtener en la cancilleria un auto de prisión contra mi.

RIT. Diablos! Eso es mas serio!

EDU. (amargamente levantándose.) Si... y mi frente arde! Oh! No hay otro recurso! Ritan, puedo contar contigo?

RIT. En no siendo para cosa de dinero... Ya sabes que estoy como tú.

EDU. No se trata de dinero. Esta mañana sali para ir á la casa de la señorita de Quenisteng.

RUS. Comprendo.

EDU. Habia ofrecido á mi padre traer un sí ó un no; pero desconfiando de mi audacia para solicitar de viva voz una respuesta semejante, habia preparado una carta. Al pasar por delante de la casa de juego reflexioné que tenia treinta luises en mi bolsillo, que con estos treinta luises y un poco de fortuna podia adquirir dos ó trescientos mil escudos, con lo cual sería más osado para hablar de casamiento. He entrado, y todo lo he perdido.

RIT. Y me has traído á tu casa?

EDU. Para suplicarte que me prestes un servicio.

RIT. Única cosa que puedo prestar...

EDU. Es preciso que hoy se decida mi suerte. Vé á la casa de la señorita Quenisteng, y entrégale esta carta.

RIT. Esta carta! Si es la del baron Danberg.

EDU. Es verdad! (con desesperacion.) Esto acabará quitándome la vida!

RIT. Mira, Eduardo, lee esa carta; acaso es menos urgente de lo que crees. (Eduardo toma y lee la carta.)

EDU. «Caballero, habeis perdido mil escudos contra mi, los cuales debian serme pagados á las nueve de la mañana; son las doce y estoy esperando todavia. Os ruego que entreguéis los mil escudos á mi criado, con los cuales pagaré una deuda que he retardado, porque no es deuda de honor. Baron Danberg.» Lo ves? Marcha á la casa de la señorita de Quenisteng. Toma la carta.

RIT. Confias mucho en este paso?

EDU. Qué quieres decir?

RIT. Quiero decir, que acribillado de deudas como lo estás, la proposicion es no solo ridicula, sino...

EDU. Acaba.

RIT. Lo diré; poco delicada.

EDU. Seria de tu opinion, si yo no hubiera contraído por ella estas deudas.

RIT. Eso será muy difícil persuadirselo.

EDU. No, porque me ama.

RIT. Estás bien seguro?

EDU. Qué es lo que te hace creer lo contrario?

RIT. Escucha; me parece que una jóven que ama á un hombre, no consiente que se mofen de él en su presencia.

EDU. Y quién se ha permitido?

RIT. Todo el mundo; hombres y mugeres á cual mas.

EDU. Ritan, necesitaba que me sostubieses; y me mataste.

RIT. No importa; estoy á tus órdenes.

EDU. No; yo mismo voy; (tomando el sombrero de mesa.) y si veo á uno solo de esos fátos... Espérame!

ESCENA IX.

Dichos, CRISTIAN.

CRIS. No salgais, señor.

EDU. Por qué.

CRIS. Esta mañana vino el judio Salomon, y lo despedí.

EDU. Bien hiciste.

CRIS. Pero el juicio que ha entablado contra vos, ejecutorio, segun parece.

RIT. Esto nos faltaba!

CRIS. De suerte, que acaba de traer los medios de pago, y si salis, podriais ser preso.

EDU. Todo á la vez! Todo junto!

ESCENA X.

Dichos, EL LACAYO.

LAC. El señor Eduardo Rusberg?

EDU. Qué me quieres?

LAC. Esta mañana vine á traer una carta de mi amo señor Baron Danberg.

EDU. Bien, há veré... Decidle que le pido veinte y cuatro horas.

LAC. Mucho temo que se incomode; no obstante intentaré darle la respuesta á la casa en donde se halla ahora.

EDU. En dónde se halla?

LAC. En la de la condesa de Quenisteng.

EDU. En su casa!

LAC. Se desayuna con esas señoras!

EDU. Entonces, esperad en la antecámara... Soy yo dentro de un momento. (Cristian y el Lacayo vanse.)

ESCENA XI.

RITAN, EDUARDO.

RIT. Soberbia complicacion.

EDU. Si, no es verdad?

RIT. Ese hombre no la ocultará nada.

EDU. Si no le pago; pero si le pago, nada dirá.

RIT. Pagarle tú?

EDU. Si, yo, yo! Lo verás! (vase por la puerta que está á la caja.)

RIT. (solo.) Pues si tiene dinero, por qué aguarda en el último momento?

EDU. Ritan! (volviendo muy palido.)

RIT. Qué?

EDU. Puedo contar con tu amistad, no es verdad? Cuando una vez pagadas esas gentes, se aumentará la posibilidad de mi enlace con la señorita de Quenisteng?

RIT. Sin duda. Pero qué es lo que tienes?

EDU. Nada!

RIT. Nada? Y estás palido como un muerto, y tu frente inundada de sudor?

EDU. Nada te digo! Espérame! (entra en la caja.)

RIT. Si comprendo una palabra de este laberinto, siento en pagar á mis acreedores.

EDU. Aqui hay dinero. (saliendo de la caja; más pálido.)

con cartuchos de dinero en las manos.)
 r. Eduardo!
 u. El dinero del mayordomo, el dinero del judío, el dinero de las compras... Encargáte de todo esto, Ritan, y una vez pagados, lleva esa carta.
 r. Eduardo, este dinero...
 u. Qué te importa? (con fiebre.) Yo soy quien te lo dá; yo soy quien responde.
 r. Pero...
 u. Corre, no te detengas; apresúrate como si tu alma estuviese en peligro.
 r. No obstante...
 u. Te digo que vayas! Cada instante de retraso me es mortal! (lo empuja fuera.)

ESCENA XII

EDUARDO, solo.

efecto.... no se engañaba... (cae abatido en una silla; despues viendo que ha dejado abierta la puerta de la caja, corre á cerrarla; dando despues algunos pasos, encuentra delante del espejo.) Estoy muy pálido!

ESCENA XIII.

EDUARDO, CRISTIAN.

s. Señor! (asombrado.)
 r. Qué?
 s. Está pagando.
 r. Quién?
 s. El señor Ritan. De dónde viene tanto dinero?
 r. Silencio! (empujando á Cristian, y pasando por delante de él.) Federico Alden! Ni una palabra mas estimas tu vida!

ESCENA XIV.

Dichos, FEDERICO.

Buenos días, Eduardo.
 r. Serán ciertas mis sospechas? (ap. vase.)

ESCENA XV.

FEDERICO, EDUARDO.

Ah! sois vos?
 Vos? (asombrado.)
 No. . tú... Perdóname! (se deja caer en el sillón la derecha.)
 Querido Eduardo, una buena noticia.
 Cuál?
 Acabo de salvar la vida á un hombre.
 Y llamas á eso una buena noticia?
 Cómo?
 Quiero decir, que hay momentos en que la vida no merece que se tomen el trabajo de salvarla.
 Ah! mi cliente no pensaba como tú.
 Tu cliente?
 Si, el anciano Sivert, el recaudador de Heildelberg, aquel en cuya caja se ha reconocido un déficit quince mil francos. No has oido hablar de este terrible asunto?
 Si, creo que si.
 (yendo á poner su sombrero sobre la chimenea.)
 La defensa era difícil! Hace tiempo que esta clase de crímenes se hacen tan frecuentes, que el gran jurado que ha decretado la pena de muerte para el ladrón de las cajas públicas.
 Y esa pena, se impone aun cuando... (levantándose.)
 Aun cuando qué?
 Aun cuando el hombre que toma dinero de un caja pública, no sea siempre un ladrón?
 Qué estás diciendo?
 Sin duda. Tu cliente, el anciano Sivert, tenía tal

vez la intencion de volver al dia siguiente á la caja esa suma que había tomado.

FED. Pero considera que de ese modo, el primer truan vendria á disponer del dinero del estado para sus placeres ó sus necesidades.

EDU. Pero tu cliente ha sido absuelto?

FED. No; ha sido condenado á presidio, en vez de serlo á muerte.

EDU. Desgraciado! Y llamas á eso haber ganado la causa?

FED. Pero qué humor tienes hoy? Qué te pasa?

EDU. A mí? Nada! A Dios, Federico.

FED. Eduardo!

EDU. Un presidio! (saliendo por la antecámara.) Un presidio!

ESCENA XVI.

FEDÉRICO, SEÑORA DE RUSBERG y CARLOTA.

FED. Pero qué podrá acontecerle?

SEÑO. Señor Federico, creí que estaba Eduardo con vos.

FED. Estaba; pero ha subido á su cuarto.

SEÑO. Iba tranquilo?

FED. Me ha parecido tan agitado, que iba á preguntarle la causa.

SEÑO. Un corazón que ama, se engaña con harta frecuencia.

CAR. No son todos tan felices como nosotros.

FED. (bajo.) Carlota, lo primero que hemos de hacer es, libertarle de sus acreedores.

CAR. Oh! Qué bueno sois, Federico! (id.)

ESCENA XVII.

Dichos, RUSBERG, ALDEN; despues EDUARDO.

ALB. Bravo, hijos míos! (viniendo entre los dos.) bravo! Los padres hacen los negocios, y los chicos el amor; cada cual está en su empleo. Como ha ido el asunto en el tribunal, Federico?

FED. Abrazadme, padre mio! He salvado hoy la vida de un hombre! Creedme, Carlota... es una dote magnífica la que hoy os presento.

ALB. Señor Rusberg, vamos á hacer esta noche lo que habíamos de hacer mañana temprano; y no hemos perdido el tiempo casando á nuestros hijos.

EDU. Mi padre y el señor Alden! (entrando.)

SEÑO. Es él! (viéndole.)

RUS. Qué ha pasado, Eduardo?

EDU. Os lo diré todo cuando estemos solos.

ALB. Vamos, vamos; se acerca la hora de comer, y soy tan arreglado en mis comidas, como vos en vuestras cuentas. (entran en la caja.)

ESCENA XVIII.

Dichos, menos ALDEN y RUSBERG.

EDU. A dónde van? (siguiéndolos con la vista muy inquieto.)

SEÑO. Eduardo!

EDU. Madre mia!

SEÑO. Si, ó no?

EDU. Lo sé aun! Ha vuelto Ritan?

SEÑO. No; por qué?

EDU. Porque le he encargado del paso. (en voz baja.) Carlota, á dónde han ido?

CAR. Quiénes? (idem.)

EDU. Nuestro padre y Alden.

CAR. (sonriéndose.) Estaban tan conmovidos por la felicidad de Federico y la mia, que para dominar la emocion, han ido á examinar la caja.

EDU. A examinar la caja?

CAR. Si, hoy es cinco... dia de inspeccion.

EDU. Desgraciado! Lo había olvidado!

ALD. Socorro! socorro! (en la caja.)

SEÑO. Dios mio!

CAR. Qué es esto?

FED. Es la voz de mi padre.

EDU. Soy perdido!

ESCENA XIX.

Dichos, ALDEN.

ALD. Federico, un médico! Pronto! Corre y vuelve con él.

FED. Un médico, para quién?

ALD. No me preguntes... ve! (Federico sale corriendo.)

SEÑO. Qué es lo que tiene mi marido?

CAR. Qué es lo que tiene mi padre?

ALD. Vinagre, sales!.. (á Carlota.) Hija mia, por el amor de Dios, no dejes entrar á nadie mas que al médico y á mi en el cuarto de vuestro padre.

CAR. Dios mio! Dios mio! (desaparece un momento por la derecha.)

ALD. Voy á deciros lo que hay, señora; hay que faltan cinco mil escudos en la caja de vuestro marido.

EDU. Ah! (cayendo en un sillón.)

SEÑO. Decis verdad, caballero?

ALD. Si señora, por desgracia; faltan mil lises de oro; y al ver esto, ha caido sin aliento vuestro esposo. (Carlota vuelve.)

EDU. (Padre mio!)

CAR. Quiero verlo... quiero verlo...

ALD. Silencio, niña. Acercaos, señora.

SEÑO. Por qué me habláis así?

ALD. En dónde está ese dinero?

SEÑO. Me lo preguntáis á mi!

ALD. Si, os lo preguntó á vos, porque vos lo sabeis. Volved esa suma á la caja de vuestro marido, y nada he visto.

SEÑO. Yo!

ALD. Es un robo doméstico; la caja no está fracturada.

ESCENA XX.

Dichos, FEDERICO.

FED. Qué caja, padre mio?

ALD. La caja pública en que faltan cinco mil escudos. En dónde está el médico?

FED. Le he hecho conducir al lado del señor Rusberg.

SEÑO. Mi marido!

ALD. Os digo que permanezcáis aquí. (deteniéndola.)

FED. Y se conoce al ladron?

ALD. Se sospecha al menos. (mirándola.)

SEÑO. Ah! será él! (como inspirada.)

ALD. Ya os decia que conoceriais al ladron.

SEÑO. Caballero, no nos perdáis.

ALD. Os digo que se entreguen los cinco mil escudos ó arrancaré su honor de vuestras manos; aun cuando no sea mas que para devolverlo á su cadáver.

SEÑO. Caballero!

FED. Pero de quién sospecháis?

ALD. Mira á la frente á esa muger, y conocerás al culpable.

EDU. Mentis! (adelantándose y con esplosion.) El culpable soy yo!

ALD. Vos!

FED. Y CAR. Desgraciado!

EDU. Si; acosado por el destino, agobiado por la fatalidad, tentado por el demonio, he tomado ese dinero; el culpable está delante de vos; que haga de mi lo que quiera la justicia.

ALD. Ven, Federico.

FED. Por qué, padre mio?

ALD. Porque no tienes nada que hacer aquí.

CAR. Señor Alden!

ALD. Rompo el casamiento!

CAR. Ah!

FED. Jamás!

ALD. No quiero que seas cuñado de ese hombre, hijo de esa muger.

EDU. Señor Alden, despreciadme, atormentadme, denunciadme, si quereis... todo lo merezco; pero no insultéis á mi madre... ó temblad!

FED. Eduardo!

SEÑO. Hijo mio!

CAR. Hermano!

ALD. Si; amenaza como lo haria un hombre honrado miserable!

EDU. Si, si, á mi cuanto queráis, pero á mi madre una palabra!

ESCENA XXI.

Dichos, RUSBERG, apareciendo pálido y desfallecido el dintel de la puerta de la caja.

RUS. Eduardo!

EDU. Padre! (yendo á caer á los pies de su padre maldecidme!!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Una maleta en un sillón.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA, LA SEÑORA DE RUSBERG.

SEÑO. Pobre niña! (sentada abrazando á Carlota, está de rodillas á sus pies.) Estabas en el colmo de alegría, en lo mas puro de la felicidad, y yo te he precipitado desde lo alto de tu alegría y de tus esperanzas. Porque ese hombre tenia razon cuando decia que yo la que habia tomado los mil lises de la de tu padre.

CAR. Madre, no habléis así, que me destrozais el razon.

SEÑO. Ibas á casarte con un hombre que amabas, padre de este hombre no te quiere ya por hija suya, te lego la miseria por herencia.

CAR. Ah madre mia! Madre mia! No hablemos mas de Federico; renuncio á él para quedarme á vuestro lado; no quiero separarme de vos, nunca... nunca! soy vuestra hija? Sé que nada tengo mas que un razon que partir con vos, pero no lo rechazareis, madre mia!

SEÑO. Y eres tú quien me lo dice, tú, Carlota, á quien he postergado por tu hermano! Oh! Dios haga de una madre mas justa y mas feliz que yo lo he sido.

ESCENA II.

Dichos, CRISTIAN.

CRIS. Señora!

SEÑO. Y el médico!

CRIS. Ha partido.

SEÑO. Qué le habeis dicho para motivar el desmayo de mi esposo?

CRIS. Le he dicho, que habia llegado una carta de Berlin, firmada por vuestro hermano, en la cual anunciaba una gran desgracia, lo mismo he dicho á los de la casa.

SEÑO. Bien, amigo mio!

CAR. Y mi padre, no ha preguntado por nosotras?

CRIS. Si, señorita; me ha dicho que así que el momento se fuese, deseaba ver á la una y á la otra.

CAR. Vamos, madre mia.

o. Oh! Qué voy á responderle? (*vanse.*)

ESCENA III.

CRISTIAN, solo.

cabemos de ejecutar las órdenes del amo.
(Sale un momento; Eduardo aparece viniendo del in, pálido y abatido de tristeza; vá á sentarse al lado de la puerta del cuarto de su padre. Cristian vuelve, trayendo ropa de hombre que mete en la maleta.)

ESCENA IV.

CRISTIAN, EDUARDO.

Cristian?
Señor?
Has visto á mi padre?
Acabo de dejarle.
Sigue con igual palidez?
Mas todavía.
Entonces no recobra sus fuerzas?
No.
Qué dice el médico?
Qué es cosa grave.
Qué estás haciendo?
Ya lo veis.
Es mi ropa-la que estás poniendo en esa maleta?
Si señor.
Por qué?
El amo lo ha ordenado así; me dijo que guardase las armas y todos los cuchillos, y que reuniese dos vuestros efectos; despues se echó á llorar, diéndome dulcemente: «Dile sobre todo, que le obibo matarse.»
Oh! Padre mio! (*ocultando el rostro entre las manos.*)
Si, pobre padre!
Cristian, necesito hablarle.
Eso es imposible.
Por qué?
Porque no quiere veros.
Le causo horror?
Por el contrario; os ama demasiado. (*se oye llamar.*)
Han llamado.
Permitidme que vaya á abrir; he alejado á todo mundo. (*vase.*)

ESCENA V.

EDUARDO, solo.

luda es Ritan. Si la noticia fuese buena; todo podria reglarse aun.

ESCENA VI.

EDUARDO, RITAN.

Ven, ven.
Te he hecho esperar?
Poco importa, puesto que ya estás aqui.
Qué tienes? Por qué esa turbacion?
Dejemos esto. La respuesta?
La tengo, pero...
Dámela entonces.
Antes, dime...
La respuesta, la respuesta!
El casamiento de tu hermana...
Quieres matarme? La respuesta!
Qué diablos! Oyeme antes!
Habla!
Los Quenisteng son de la antigua nobleza, muy ricada en punto á alianzas: y el casamiento de tu hermana con un abogado...
Qué

RIT. Les choca.
EDU. Ese abogado ha salvado hoy mismo la vida de un hombre; estos son sus títulos de nobleza.
RIT. Qué quieres? Son preocupaciones... lo sé.
EDU. Pero la respuesta...!
RIT. Cree, amigo querido, que me haces sufrir mucho; y que la respuesta, si fuese tal como la deseaba...
EDU. Ella rehusa?
RIT. Esta carta...
EDU. Dame. (*arrancándosela de las manos.*) «Caballero: el señor Baron de Ritan me ha trasmitido vuestra singular carta.» Toma, lee tú, Ritan... la vista se me desvanece; tengo como una nube delante de los ojos.
RIT. (*leyendo.*) «Vuestra singular carta. Os confieso que no puedo comprender una proposicion semejante. Algunas inocentes bromas no os han dado ningun derecho...»
EDU. No, no puede decir eso.
RIT. Míralo!
EDU. Oh Dios mio! Continúa.
RIT. «No os han dado ningun derecho para que creais que os amo; pero como esa buena opinion que parece teneis de mi, podria comprometerme, os ruego que en adelante no honreis mas nuestra casa con vuestras apreciables visitas.»
EDU. Es eso todo?
RIT. Si.
EDU. Oh! imposible! Esa carta la ha escrito por su padre, por su hermano. Tú tienes otra ademas.
RIT. Estaba sola, y nadie la obligaba.
EDU. Ritan, estoy seguro de que tienes otra cosa que esa carta!
RIT. Si, otra cosa; pero te confieso que vacilaba...
EDU. Vacilabas? Y por qué? No sabes que mi vida está pendiente de ese mensaje?
RIT. Ya comprendes que encargado de tus intereses, no me he dejado batir así.
EDU. Amigo mio!
RIT. La he referido los sacrificios que habiais hecho por ella.
EDU. Bien.
RIT. Por los cuales podia medir tu amor.
EDU. Y qué te ha respondido?
RIT. Pobrecillo, me dijo; ya me lo figuraba yo! Jugaba como un millonario! Eso es otra cosa!
EDU. Ah! ya ves...
RIT. Entonces...
EDU. Entonces...
RIT. Fué á su tocador...
EDU. Y te dió una segunda carta?
RIT. No, quiso darme... un cartucho de oro...
EDU. Oro! Oro para mi alma perdida, para mi padre asesinado! Oh, miserable! oh infame! (*coje su sombrero.*)
RIT. A dónde vas? (*deteniéndole.*)
EDU. A pagarle en su moneda.
RIT. Eduardo!
EDU. Déjame! Déjame! (*vé á Rusberg que sale de su cuarto.*) Mi padre!
RIT. En nombre del cielo, detened á vuestro hijo!
Rus. Dejadnos! (*Ritan se inclina y vase.*)

ESCENA VII.

RUSBERG, EDUARDO.

EDU. Piedad, piedad, padre mio! (*cayendo de rodillas.*)
Rus. Alzaos, y miradme!
EDU. Padre mio, no me atrevo...
Rus. Si. Os es difícil, lo comprendo, mirar el rostro de un hombre honrado!

Edu. Sed misericordioso, padre mio!

Rus. Oh! me habeis tratado cruelmente... y todas las alegrías del mundo, suponiendo que el mundo pudiese guardarme aun alegrías, no podrian devolverme las fuerzas que me habeis arrebatado en un momento.

Edu. Maldicion y desgracia sobre mi!

Rus. Esta es la recompensa por las angustias que he pasado en la cabecera de su lecho, cuando niño, si estaba enfermo; por los insomnios cuando, jóven ya, comenzaba á desertar de la casa paterna, y pasaba las noches esperándole; para mis cabellos encanecidos con el terror de lo que hoy acontece! Oh! Eduardo! Eduardo! Hubieras podido recompensarme mejor! (*cae en el sillón, derecha.*)

Edu. (*cayendo á sus pies.*) Si, si... teneis razon, padre mio! Rechazad al hijo indigno, maldecid al hijo ingrato, que en cambio de todo vuestro amor, os vuelve crimen y afrenta!

Rus. Eduardo, vais á partir esta noche misma; no nos veremos mas.

Edu. No veros mas, padre mio! (*alzándose.*)

Rus. En el mundo; al menos.

Edu. Dejaros, huir... cuando soy yo... No, pensadlo bien... es imposible!

Rus. Es preciso, lo exijo! (*levantándose.*) Lo quiero!

Edu. Pero qué vá á ser de vos? (*volviendo á caer de rodillas.*)

Rus. Yo seré... lo que son los depositarios infieles!

Edu. No digais eso... no lo digais!

Rus. Tal vez Federico consienta en defenderme como ha defendido al anciano Sivert.

Edu. Padre!

Rus. Además, el gran Duque es bueno, y tendrá piedad de un pobre viejo.

Edu. Oh! no... no será así; corro á denunciarme; diré que soy el culpable, y...

Rus. Y...

Edu. Y me mataré!

Rus. Desgraciado! Hé aqui justamente lo que no quiero. Si os dáis muerte, en dónde estará el arrepentimiento? Si te matas, en dónde se hallará la esplicacion? No. Es preciso vivir; es preciso luchar, es preciso obligar á los hombres á poner la accion cometida en la cuenta de la juventud y de las locas pasiones; es necesario decirles: «Me he perdido por el ardor del juego, por una ambicion insensata, por un amor fatal. Joven y débil, he pagado mi tributo al genio del mal; he caido y mi honor me ha seguido en la caída, pero me he alzado con dignidad. Sostenido por el arrepentimiento y la esperanza, dos ángeles de Dios. Me he levantado, y he atravesado; para llegar á rejiones mas elevadas, esas rejiones perversas. Héme aqui ahora mas grande, porque he estado en el abatimiento; más fuerte, porque me he arrepentido; mejor, porque la prueba me ha purificado.

Edu. Si, si, padre. Eso será bello.... eso será grande! Pero y vos? Vos!

Rus. A mi no me restan sino cortos dias de existencia. Yo soy lo pasado... Tú eres lo porvenir! (*cae medio desmayado en un sillón á la derecha.*)

Edu. Padre mio! (*arrojándose al cuello de su padre.*) Socorro! socorro!

ESCENA VIII.

Dichos, CARLOTA.

CAR. Qué es esto, Dios mio!

EDU. Mi padre muerto! Y yo soy su asesino! (*de rodillas.*)

Dichos, LA SEÑORA DE RUSBERG, ALDEN, FEDERICO

ALD. Mas lejos! (*asiendo del brazo de Eduardo.*) Mas lejos! No sois digno de besar los pies de ese hombre!

Edu. Salvad á mi padre, y vengaos en mi.

ALD. Eso es lo que me trae.

Edu. Oh! Vuestra crueldad es mi consuelo! Mi padre quiere que parta libre é impune, yo, su matador! lo permitais! Denunciadme, denunciadme! Acaso habreis hecho ya?

ALD. Y aun cuando así fuese?

Edu. Os bendeciria de rodillas.

SEÑO. Pero yo os pediria cuenta de mi hijo, al que podia salvarse, y que vos habreis perdido! (*Eduardo vá á apoyarse contra la chimenea con desesperacion.*)

ALD. Al que podia salvarse? Cómo? Será con vuestros bienes? Os los habeis comido! Con la ayuda de vuestros amigos? En dónde estan vuestros amigos? Buscadlos, llamadlos en vuestra ayuda; pedidles mil luises. Y si vienen, si corren presurosos, si os dan esa suma, diré una palabra mas. Poned ese dinero en la caja, nada he visto.

SEÑO. Oh! Bien sabeis que me pedis lo imposible!

ALD. Con que por todas partes la miseria, por todas partes la afrenta... en ninguna parte la salvacion!

FED. (*acercándose á él.*) Padre, lo que haceis está mal hecho. En vez de curar al enfermo, lo matais; en vez de ser justo, sois cruel. Yo, vuestro hijo, os lo digo.

ALD. Y yo te contesto, que si la miseria conduce á lo que estoy viendo, no quiero para mi hijo una miseria pobre, y por esto... Ven aqui, hija mia. (*Carlota pasa á su izquierda y Federico á su derecha.*) Con esto doy á Carlota esta cartera, que contiene dos mil luises. Ella misma, con su mano inocente, reembarazará los mil luises en la caja de su padre, y los otros mil serán su dote. Una cosa os exijo, hijos míos, que cumplais la oferta de mantenerme y de cuidar de mí... porque... porque... ya no tengo nada... yo he dado todo!

TODOS. Ah!

SEÑO. Nos habeis salvado!

Rus. Amigo mio!

Edu. (*Oh! qué grande es el hombre cuando es á su tra imagen, Dios mio!*)

ALD. Y él... partirá. (*señalando á Eduardo.*)

(Eduardo, que permanece al lado de la chimenea mira á su padre, que se adelanta hácia él lentamente parece esperar su respuesta.)

Edu. Si, si, señor Alden, obedeceré.

(Pasando por delante de Federico, que está en el fondo del salón, y que le estrecha la mano: Eduardo alzándose á su hermana y despues á su madre, que se lanza hácia él.)

SEÑO. Hijo mio! (*sollozando.*)

Edu. Señor Alden, dadme vuestra mano!

(Acercándose á él, que queda solo á la derecha, tendiendo hácia él la mano con temor, le mira con piedad. Alden le mira un momento, en silencio, y le estrecha la mano, que él le suplicaba.)

Edu. Vuestra bendicion, padre mio!

(Abatido vá á inclinarse delante de su padre, que se encuentra al otro extremo del salón.)

Rus. Cuando la hayais merecido!

(Eduardo se alza con pena. Alden, que con la mano ha fortificado la resolucion de Rusberg, vá hácia Federico y Carlota que lloran. Cristian aparece á la puerta con efectos de viaje; la señora de Rusberg le suplica que se vaya por su hijo. Eduardo se aleja lentamente de su padre, mirando siempre en él una mirada desoladora: despues mientras que Alden, que se ha acercado á Rusberg, le estrecha la mano para sostener su valor, Eduardo se sienta)

el dolor, se arroja en los brazos de su hermana y de su madre. Cuadro.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La escena pasa en Munich. Un salon con cinco puertas. Una mesa á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MEYER, EL CONSEJERO, BEZANETI.

Buenos dias, Meyer! (*entrando.*)
 Vuestro humilde servidor, señor Consejero.
 Está el ministro en su despacho?
 Así lo creo.
 Pues no podéis saberlo de cierto, vos, su primer ayuda de cámara? (*vá á una puerta.*) Qué es esto? La puerta de comunicacion cerrada por dentro?
 Lo que quiere decir que el ministro está encerrado con el nuevo favorito; alguna cosa se trama contra nosotros. Hace treinta años que soy ayuda de cámara del señor de Warden, primer ministro de S. M. el rey de Baviera, y ayer fué la primera vez que me ordenó salir S. E.
 Y de qué trataba el ministro con su secretario?
 Se trataba de suprimir los juegos... sin consultarnos.
 Oh! eso es gravísimo!
 Desde que ese nuevo secretario, ese señor Steven ha venido aqui, no se oye mas que estas palabras: economías, progreso y abusos. Y lo que yo digo, señor consejero; si se destruyen los abusos, de qué vivirán los hombres honrados?
 Ah! eso es una inmoralidad!
 Quiere tambien ese señor Steven, que en cuanto sea posible, se limpie la bolsa de farsantes!
 Imbécil? Quiere convertir la Bolsa en un desierto. Silencio!
 A quién podemos temer?
 Al recién venido. Al querido señor Steven!
 Callaos! Aqui viene Cristian su criado.

ESCENA II.

Dichos, CRISTIAN.

Felices, Cristian. Y vuestro querido señor Eduardo Steven, está bueno?
 Si.
 Podemos ofrecerle nuestros respetos?
 No.
 Está ausente?
 Si. (*vase puerta izquierda.*)
 No podremos nunca saber por este...
 No; pero yo he descubierto alguna cosa por otro lado. Ese Steven entró como simple obrero en la fábrica que el señor Blum tiene en las cercanías de Stuttgar. Yo ignora la procedencia, porque vivía solo; y no haba con nadie. De todos modos, en fuerza de perseverancia y de trabajo, vino á ser contramaestre en casa; despues dependiente principal, y por último verdadero gefe del establecimiento. Entonces fué cuando el hijo del primer ministro, el baron Karl, aprovechado de su inteligencia, le trajo á Munich para hacer de él primero un empleado, despues su amigo, y por último el secretario intimo de su padre.
 Y lo que es mas, el dueño de todos nosotros; porque no nos hagamos ilusiones, Meyer, ese hombre dispone á su antojo del ánimo de su excelencia; asombrando á las personas formales con su aplicacion en los negocios, y á los tontos con la variedad de sus conocimientos; en una palabra, siendo universal, toca todas

las posiciones, las amenaza todas, y no nos deja otra alternativa que luchar contra su fortuna, ó vernos perdidos sin apelacion.

MEY. Por sobresalir en todo, toca de una manera tan distinguida, que ayer, en la casa del ministro, la Condesa Luisa, su sobrina, estando al piano, el señor Steven la acompañó con tanta alma y talento, que todo el mundo decia. «Qué felicidad que haya venido el señor Steven.»

CON. Ja! ja! ja! (*riéndose.*)

MEY. Yo creo que acaso aspira á la plaza de maestro de canto de la condesa Sofia, que tiene cien mil escudos de renta.

CON. Cien mil escudos? Dados por su Excelencia de quien en cierta manera es hija adoptiva.

MEY. No se sabe con toda seguridad. La historia de la Condesa Sofia es una novela misteriosa, un enigma del cual nadie tiene la llave. Todo lo que sé es; que en la época en que el ministro partió súbitamente para ir á buscarla, una carta de Friburgo fué la que le decidió en su marcha. A fuerza de dar vueltas á esta carta y examinarla en todos sentidos, vine á saber que era del Conde de Moroff, un amigo muy antiguo de mi señor; pero nunca supe mas. En el interés público primero, y en el nuestro despues, es preciso saber quién es ese Steven, de dónde viene, y conocer su familia. Un hombre tan puntual en el cumplimiento de sus deberes; tan rígido para consigo mismo, tan sospechoso con respecto á los demas, tan íntegro y tan virtuoso, debe tener algo que reprocharse.

CON. Debemos ayudarnos en nuestras investigaciones.

MEY. Cómo?

CON. No vive aqui en el ministerio?

MEY. Si.

CON. No recibe cartas?

MEY. Acabad.

CON. Haciendo con ellas lo que habeis hecho con las del conde de Moroff, no seria posible?...

MEY. Ya lo he pensado, pero...

CON. Qué?

MEY. No se fia de mi.

CON. Qué injusticia!

MEY. Y ese viejo marrullero de Cristian, su ayuda de cámara, está siempre cuando llegan los despachos.

CON. Tal vez espiando el correo todos los dias... Con perseverancia. (*saca el reló.*) Las nueve. La hora del correo.

MEY. Corro á recibirle.

CON. Aqui está el ministro. A nuestros puestos.

ESCENA III.

Dichos, EL MINISTRO, SOFIA; despues EDUARDO.

MIN. Buenos dias, señores.— Meyer, decid al Ugier de servicio, que hoy no daré audiencia. Llamad al señor Steven. (*vase Meyer.*) Su discrecion le ha obligado á dejarnos solos, mi querida Sofia; pero bien pronto conocerá el objeto de nuestra conversacion, porque no tengo secretos para él. (*Eduardo entra.*) Dispensadme, amigo Steven, que haya tanto tiempo encadenado vuestra libertad, sin haber aprovechado vuestro celo por los intereses del Estado; vuestro amor por el bien público; el tiempo que os robo es un tiempo perdido para la felicidad de todos... lo sé muy bien; no obstante, me reservo aun un cuarto de hora; dentro de un cuarto de hora cuento con vos; tengo un favor que pedirós.

EDU. Un favor á mi? Monseñor dará sus órdenes, y serán ejecutadas.

CON. (Qué tono mas meloso!) Monseñor!...

MIN. A propósito, mi querido Consejero, os habeis en-

gañado en el litigio de los habitantes de Selbeg; es evidente que la hija había recibido el dinero que la correspondía de su madre, y que la reclamación contra su padre era injusta.

CON. Lo creéis así, monseñor?

MIN. Tengo la seguridad. He hecho decretar en favor del padre, y creo que esto es lisonjero para vos.

CON. No comprendo, excelencia!

MIN. Si; la hija es linda, y podrían calumniar el interés que en su favor demostrabais.

CON. Solamente deseo, monseñor, que se me envíen todas mis notas, y estaré siempre reconocido, ya sea al señor Steven, ya á otro cualquiera que me haya evitado cometer una injusticia.

MEY. La Condesa Luisa espera á su excelencia en su gabinete.

MIN. Qué venga! Yo también desco verla.

SOF. Tengo que hablaros! (*bajo á Eduardo.*)

MIN. Hasta dentro de un cuarto de hora, Steven. Hasta mañana, señores.

MEY. (*bajo y rápido al Consejero.*) Grandes noticias!

CON. Bien! Aquí al momento! (*idem á Meyer.*) Monseñor! (*saludando y vanse.*)

ESCENA IV.

EL MINISTRO, LUISA.

MIN. Ven, hija mía, ven!

LUI. Querido tío! (*el ministro la abraza.*)

MIN. Cómo se desarrollan estas flores de juventud y de belleza! Y no obstante, llevas una vida tan triste en la casa de tu anciano tío!..

LUI. Con qué objeto me decis eso? Qué vida es más feliz que la mía? No acudo todo á mis deseos? Una sola cosa me faltaba, una amiga; pero vos, que lo comprendéis todo, habéis adivinado esta necesidad de mi corazón.

MIN. Si, y he hecho venir á Sofía... una hija adoptiva, no es verdad? La amas mucho?

LUI. Cómo no amarla! Es verdad que pudiera tener envidia al ver á mi lado una persona tan perfecta; pero ya lo sabéis, tío... admiro, y no envidio.

MIN. Entonces estás contenta de ella? Cuánto lo celebro! También creo como tú que es una persona encantadora!

LUI. Tan encantadora y tan buena, que estoy triste al pensar que algún día será preciso separarme de ella.

MIN. Justamente quería hablarte de eso. El momento de esta separación se acerca, hija mía.

LUI. Vuelve á Francia?

MIN. No.

LUI. Se casa?

MIN. Ella y tú; las dos os casáis.

LUI. Yo!

MIN. Ya sabes, hija mía, que las altas posiciones tienen exigencias supremas; raramente una joven de tu condición, escoje marido por sí misma. Escúchame; el hombre que te destino...

LUI. Deteneos! No puedo permitir que me sobrepujéis en franqueza. Tío, yo amo. Vos el mejor de mis amigos, el más antiguo de mis confidentes, escuchadme. Obedeceré vuestras órdenes; estimaré, respetaré, me casaré con el hombre que elijais; pero amarle! Oh! amarle! Es imposible! Nunca amaré más que á él solo! A él, que es noble y bueno; á él, cuyas virtudes es una herencia paternal. Tened piedad de mi, porque el que amo es Karl! Es vuestro hijo!

MIN. Dios te bendiga, mi buena Luisa; Dios bendiga mi casa y á mi Karl! Este era el que quería proponerte... Ese era el que te había escogido por esposo!

LUI. Ah padre mio! Dejadme abrazar vuestras rodillas!

ESCENA V.

Dichos, EDUARDO.

MIN. Venid, Steven, venid á apresurar la felicidad de este ángel del cielo!

EDU. Yo, monseñor?

LUI. Sed mi amigo, (*tendiéndole la mano.*) como lo soy de Karl.

EDU. Señorita... (*inclinándose profundamente.*)

LUI. Tío, mi felicidad iguala á mi reconocimiento.

ESCENA IV.

Dichos, menos LUISA.

MIN. Steven, se trata de la felicidad de dos seres que me son queridos, y esta felicidad está en vuestras manos.

EDU. Osaré decirlos que la providencia no ha podido ponerla en mejores manos.

MIN. He resuelto casar á mi sobrina Luisa con mi hijo Karl; pero Karl me parece que no es partidario ardiente del matrimonio; á vos, que sois su amigo, que os ama como á un hermano, os encargo de llevar esta proposición en mi nombre, y decirle que haré dos personas felices aceptándola; á mi, y á su padre que le ama.

EDU. Monseñor, todo lo que la persuasión pueda inspirar de ardientes palabras al corazón y á los labios de un amigo, el reconocimiento las hará salir de mi corazón y de mis labios.

MIN. Gracias, Steven! El cielo os ha enviado en medio de nosotros! A propósito, estendedme ese contrato de casamiento.

EDU. El de la condesa Luisa con el barón Karl?

MIN. No; el de la condesa Sofía con el conde de Meldestens; hacemos las dos bodas al mismo tiempo. Ha despues, amigo mio, el rey me espera. (*vase.*)

ESCENA VII.

EDUARDO, asombrado.

Qué es lo que ha dicho? El casamiento de la condesa Sofía con el conde de Meldestens! Oh! es mi desgracia! Es mi desesperación! Es mi muerte! Los dos acababan de anunciarme! (*cae en un sillón con la cabeza entre las manos.*)

ESCENA VIII.

EDUARDO, MEYER, (*apareciendo por el centro.*)
CONSEJERO llega furtivamente por una puerta del lado.

MEY. (*rápidamente al Consejero.*) No se llama Steven sino Rusberg; es del pueblo de Manhein, hijo de un recaudador de rentas; su padre murió á consecuencia de un pesar desconocido. Yo tengo una tía anciana que llega de ese pueblo, y conoce á todos sus habitantes.

CON. Dentro de media hora en mi casa.

MEY. Bien!

LOS DOS. Silencio! (*desaparecen.*)

ESCENA IX.

EDUARDO, despues CRISTIAN.

EDU. Casar á Sofía! Ah! es el último golpe! A Dios mis sueños y mis locas esperanzas! Todo ha concluido para mí... todo!

CRIS. Señor, una carta de Manhein!

EDU. Una carta de mi familia?

CRIS. Si; por extraordinario. (*Eduardo la abre y mira para sí.*) Qué hay de nuevo, señor?

EDU. Todo vá bien allá, mi pobre Cristian! Los mil reales han sido reembolsados al señor Alden, parte

enta de la casa, y parte...
 Con lo que vos habéis enviado. Y Dios sabe de
 tanto os habéis privado para ello. En fin, esa noticia
 volverá la alegría!
 La alegría! Mira lo que sigue.
 (leyendo.) «El señor Alden exige, mi querido
 Eduardo, que te diga lo que hubiera querido ocultarte;
 decir, que nuestro pobre padre vá de mala en
 r.»
 Ah! (dejando caer la cabeza entre sus manos.)
 Señor Eduardo!
 Oh! Padre mio, padre mio!
 Es preciso esperar en Dios! El señor Rusberg es
 en aun...
 Cristian! Cristian! (pasando al canapé.) Me ha
 prohibido matarme, y él se deja morir!
 Señor, escribidle que vuestra posición es bella,
 hermosa y envidiada de todos; escribidle que sois fe-
 liz y será un bálsamo que alivie su herida.
 No puedo escribirle eso, Cristian!
 Por qué?
 Porque no es verdad; porque soy más desgraciado
 nunca; porque estoy desesperado!
 Vos! Algun complot de esas gentes villanas, no es
 eso? Los Nebel, los Bezaneti... Otra vez la intriga?
 Los hombres amenazan vuestra fortuna?
 No; es la justicia de Dios que amenaza mi amor.
 Vuestro amor? Desde que fuisteis engañado por
 ella infame muger, no jurasteis no amar más á
 ella!
 Si, es verdad! Lo habré jurado, pero qué quieres?
 No he podido cumplir mi promesa. He visto en casa
 al ministro á su hija adoptiva.
 La condesa Sofia!
 En vano mi ángel bueno me gritaba: «No mires
 ese lado! Huye, huye, desgraciado!» Volvi la ca-
 beza hácia ella! Una de sus miradas me dijo que me
 perdiese, y no he tenido fuerza para huir!
 Oh! vos la amais?
 No solamente la amo, sino que también soy amado
 por ella! Y ahora mismo acaba el ministro de orde-
 nar que estienda el contrato de casamiento de la
 condesa Sofia con el conde de Meldenstens. Ella ignora
 quién soy yo, y aspiraba al momento en que pudiera se-
 pararla de este mundo que detesto. La hubiera conducido
 lejos, que ningún eco de lo pasado habría venido á
 perturbar nuestro amor. Pero no... ahora todo se ha
 vuelto imposible! Oh! qué implacable es esta felicidad
 que me ha sacado de las manos de la justicia! Qué es
 esta prision perpetua? Qué es el cadalso comparado con
 el temor de todos los instantes? Con estos terrores
 que me asedian por la noche cuando entro en el lecho,
 por la mañana cuando me levanto, y murmuran en
 mis oídos. «Pasará la noche sin que se sepa lo que has
 hecho? Correrá el día sin que se descubra tu crimen?»
 Ah! señor!
 Pueden fingirse todas las virtudes; para esto basta
 ser hipócrita como Nevel, ó ambicioso como Bezaneti,
 pero existe una que por ser en alguna manera el
 fundamento de las demás virtudes, dá al mendigo que
 pide la limosna, esa mirada serena que penetra hasta
 el cielo; al acusado esa voz tranquila que vá recta al
 corazón de los jueces, y que dice: «Vuestra acusación
 es injusta.» Esa virtud, Cristian, yo la tenía, y la he
 perdido; y con ella he perdido el valor, la fuerza, todo
 lo que es grande y noble.
 Ah! Señor Eduardo, exajeráis mucho.
 No. Mira, hay en un rincón del cerebro del hom-
 bre, bajo la capa de su cráneo, una luz que arde para
 enseñar el camino, que le enseña las verdaderas sinuosidades de la
 vida, que le muestra, en medio del vago sendero que

el destino le traza, el bien y el mal, lo justo y lo in-
 justo, lo recto y lo imputable: esa luz es la conciencia!
 Haz que se agiten sobre ella los cuatro vientos del cie-
 lo, y el vendabal que promueban no la impedirán nunca
 que suba pura y recta hácia Dios; pero que pase el
 crimen, y que la aje con su aliento; la luz se estingue,
 y el criminal vá tropezando en la noche de la afrenta,
 á las tinieblas de la ignominia!

CRIS. Oh! un arrepentimiento como el vuestro merecería
 la absolución del crimen más grande; además, en los
 cuatro años que hace partisteis de Manheim, nada se ha
 traslucido de aquella fatal aventura; todo el mundo lo
 ignora.

EDU. Todo el mundo lo ignora, pero la sé yo! Oh! estoy
 lleno de buenas intenciones, lo juro, Dios lo vé; y es-
 tas buenas intenciones, el ministro desea siempre se-
 cundarlas. Me he apercebido de que se le engaña, que
 la justicia es prostituida, que el favor es comprado, los
 destinos se venden, que las personas honradas caen de
 sus puestos, que los miserables se elevan; veo todo esto,
 y no me atrevo á apoderarme de la intriga, á ponerla bajo
 mi pie, y arrancarla su máscara. Una injusticia me suble-
 va, mi sangre arde, la palabra sube amenazadora á mis
 labios, abro la boca, voy á hablar... Pero el sentimiento
 de mi afrenta me coje de los cabellos, mi conciencia
 me grita, «Qué eres tú, tú que quieres reprender á
 los demás?» Me parece que cuantos ojos me miran,
 ávidamente leen en el fondo de mi alma; que todas
 esas bocas, que me sonríen amargamente, murmuran
 en medio de su sonrisa, esa frase que cada latido de
 mis arterias hace sonar en mis oídos. «La honra de
 tu padre, miserable! La honra de tu padre! (se deja
 caer en el canapé.)

CRIS. Oh! pobre señor mio! Nunca os he visto así! Oh!
 si tuvieseis valor...

EDU. Qué?

CRIS. El baron Karl de Warden, el hijo del ministro es
 vuestro amigo; id en su busca y contádselo todo.

EDU. Lo que ha pasado allá abajo?

CRIS. Si.

EDU. Me despreciará; Cristian.

CRIS. No; vos le hablareis como acabais de hablarme á
 mí: en vez de huir de vuestros enemigos, hacedles
 frente; marchad hácia ellos con la cabeza erguida!

EDU. Amigo, dos veces amigo mio, puesto que lo eres
 en la miseria; tú que te muestras reconocido por los
 cortos beneficios que has aceptado, cuando otros se
 me han vuelto ingratos; acepto tu consejo, y tendré
 fuerza para seguirle! Oh! cuán grande eres allí, donde
 tantos otros son pequeños! No puedo recompensarte,
 pero tu corazón te recompensará. Abrázame, Cris-
 tian.

ESCENA X.

Dichos, EL CONSEJERO.

CRIS. Ah señor! Tantas bondades! (viendo al Consejero,
 se aparta de los brazos de Eduardo.)

EDU. Por qué te alejas?

CRIS. El Consejero.

EDU. Que el Cielo me niegue la mano de un amigo para
 cerrarme los ojos en mi última hora, si existe un solo
 ser en la tierra á quien yo quiera ocultar que eres el
 hombre que me quiere más, y que eres aquel á quien
 más quiero. Ven á mis brazos, Cristian, á mis brazos!
 (le abraza.) A Dios, señor Consejero. (volviéndose.)

CON. Dispensadme, señor Steven, si interrumpo, segun
 parece, una escena de sentimiento, que á la vez honra
 al amo y al criado.

EDU. Vete, Cristian, porque tu modestia se parecería á
 la humildad, y mi reconocimiento al orgullo! Vete.

ESCENA XI.

EDUARDO, EL CONSEJERO.

EDU. Espero vuestras órdenes. (*indicando el canapé al Consejero, y tomando un sillón.*)

CON. Señor Steven, cuanto mas os veo y mas aprendo á conoceros, mas creo apereibir que la posicion que ocupais cerca del ministro, es contraria á vuestras inclinaciones.

EDU. (*sentándose á alguna distancia del Consejero.*) No es precisamente la posicion la que es contraria á mis inclinaciones; es el sistema de intrigas que combato, y que temo triunfará, á pesar de todos mis esfuerzos; por esto pienso algunas veces en alejarme de la corte; quisiera dejar los negocios, porque soy inhábil para ellos.

CON. Solicitais cumplimientos?

EDU. No; solicito descanso.

CON. Descanso á vuestra edad! Cuando estais en toda la fuerza de vuestra juventud!.. Cuando los favores llueven sobre vos!

EDU. Los favores cambian de nombre, y se convierten en beneficios, cuando sobrepuja el mérito del que los obtiene. Me hago justicia, y confieso altamente que no merezco lo que se hace por mí!

CON. Los favores están siempre bien colocados, cuando por casualidad se dirigen á la vez á un alma distinguida, y á un hombre... *honrado.*

EDU. Señor Consejero! (*algo turbado.*)

CON. Cómo! Os avergonzáis? En verdad, señor Steven, que nunca he visto una modestia como la vuestra! Hombre honrado es lo menos que se puede ser.

EDU. Entonces, os doy gracias, porque me estimais como una cosa que creéis la más insignificante.

CON. Voy á probaros que no teneis un puesto tan mezquino en mi espíritu. Acabo de ver al ministro en palacio; le he hablado de la repugnancia que pareceis tener por el lado militante de la politica; del deseo que ya habia notado en vos de llevar una vida mas retirada y mas tranquila; y en vista de mi proposicion, os ofrece la plaza de director de la caja de las Aduanas.

EDU. A mí?

CON. No os prometiais tanto, no es verdad?

EDU. Si; y permitidme que dude...

CON. El decreto será firmado mañana, si lo quereis así; y tan luego depositéis la fianza, la caja os será entregada.

EDU. La caja! Oh!

CON. Sabéis que es una de las mas considerables del reino, y que encierra siempre dos ó tres millones?

EDU. Yo no he deseado, yo no he pedido ese destino.

CON. No por eso es menos honroso para vos haber sido juzgado digno de ocuparle... tanto por vuestros amigos, como por vuestros enemigos. Oh! no es como en la política!.. Aquí no se trata de razon, ni de sentimiento; el empleo de director de la caja de las Aduanas es un negocio de simple contabilidad, y no ocupa mas que las manos. (*observando á Eduardo, pasando por detrás de él.*) No me respondeis?

EDU. (*turbado.*) Dispensadme; pensaba en la fianza... en la dificultad, diria tambien, en la imposibilidad de procurármela.

CON. Ba! Hay amigos en el mundo! No sois de Manhein? Pues bien! Estoy seguro de que en Manhein, no faltarán personas que se apresuren á prestaros esa miserable fianza. Yo conozco á muchos en Manhein, y sino quereis dar los pasos necesarios, los daré por vos, envaneciéndome de servir á un hombre que me ha impedido cometer una injusticia en el litigio de la bella aldeana Selberg, contra su familia. A Dios, señor Rusberg... Ah! ahora recuerdo... En otro tiempo conoci

en Manhein á un tal Rusberg, que en la actualidad está bien enfermo. Pobre hombre! No sé como su nombre ha venido á mis labios al tratarse del vuestro. Perdonadme, mi querido amigo. A Dios, señor Steven. (*vase.*)

ESCENA XII.

EDUARDO, solo.

Director de las Aduanas; una caja de dos millones, empleo que no ocupa mas que las manos; una fianza que hallaré en Manhein... mi padre enfermo... el nombre de Rusberg pronunciado como por error ó casualidad. Oh! es imposible que todos estos golpes dados en la misma llaga, sean efectos del azar! Estoy perdido! Qué debo hacer? Huir! Abandonar á Sofia! Retroceder cuando la tempestad se amontona!.. Doblegarme bajo el trueno que ruje! Lo diré todo al baron. Pero cuando sepa que el que ha protegido, que el que ha llamado á mi amigo suyo... cuando sepa que este hombre... Dios mio! Inspiradme! Si sois verdaderamente el Dios de misericordia, y el arrepentimiento o conmueve, enviad en mi ayuda uno de vuestros ángeles. Dios mio, socorredme! Dios mio, sostenedme!

ESCENA XIII.

EDUARDO, CRISTIAN, despues SOFIA.

CRIS. Señor, la condesa Sofia!

EDU. Aquí!

SOF. (*entrando.*) Si, aquí, porque se trama contra yo y era necesario que os lo advirtiese una amiga. (*dándole su abrigo en un sillón.*)

EDU. Cristian, vela y adviérteme si se presenta alguno á quien no pueda negarme! (*vase Cristian.*)

ESCENA XIV.

EDUARDO, SOFIA.

EDU. (*haciéndola pasar al canapé.*) Sentaos, querida Sofia; estais conmovida... temblorosa.

SOF. No es el consejero Benazeti el que acaba de salir de aquí?

EDU. El mismo!

SOF. Qué ha venido á deciros?

EDU. (*tristemente.*) Ha venido á decirme que estoy perdido!

SOF. No os comprendo!

EDU. Qué me importa mi vida, mi honor, mi posicion desde el momento en que os pierdo!

SOF. Estais loco, Eduardo?

EDU. Leed. (*presentándola un papel.*)

SOF. Un proyecto de contrato de boda entre mi y el conde de Meldenstens?

EDU. Que el Ministro me ha encargado llenar.

SOF. Y le obedecereis?

EDU. Es mi deber.

SOF. Teneis razon, Eduardo; cada cual cumplirá con su deber. Nunca seré la muger del conde de Meldenstens.

EDU. Qué estais diciendo, Sofia?

SOF. No os he confesado que os amo? No os he permitido ser vuestra muger? No os he jurado, si no podria cumplir este juramento, al menos no serlo nunca con otro?

EDU. Pero vuestro padre!.. El conde.

SOF. El conde no es mi padre; jamás he conocido al conde. Me dió el ser. Un dia... se me habia hecho venir á Francia; el conde me abrazó, me condujo aquí, me dijo que en lo porvenir viviria al lado de su hija, y como á ella me dió su título; pero todos esos beneficios no ligan mi corazón, no ligan mas que á una persona. Desde el momento en que el conde me exigió el sacrificio de mis mas caros sentimientos, la ruptura de los compromisos adoptados. Primero suplicaré

onde que no haga, por una alianza sin amor, la desgracia de mi vida; y si no me quiere conceder á aquel quien me he ofrecido yo misma en la religion de mi orazon, le pediré que me devuelva para el resto de mis días, el olvido en que he pasado los quince primeros años de mi vida.

Pero si rechaza vuestra súplica, si exige que os caéis con el conde?..

Entonces diré: Eduardo Steven, soy vuestra prometida delante de Dios y de los hombres; devuelvo al conde el título que me ha dado; rehúso la dote que me ofrece, torno á ser la jóven sin parientes, sin fortuna y sin apoyo; dejemos la Baviera, y vámonos á vivir en algun rincón ignorado, ricos con vuestro mérito y con nuestro amor.

Sofia, lo hareis sin vacilar y sin remordimientos?

Sin remordimientos?

Sin conocer á aquel á quien unis vuestro destino, mismo que si le conociérais?

Eduardo, un cierto orgullo que vive en mi, me dice que no sabré amar nunca á un hombre indigno de mi!

Sofia!

ESCENA XV.

Dichos, CRISTIAN.

El carruage del baron de Warden acaba de detenerse en el patio.

El hijo del ministro! Si me hallase aqui... Me reco. (va por su abrigo.)

No, Sofia. (tomando una resolucion.) Es preciso que mi suerte se decida hoy mismo; tenia que hacer la confianza al baron. Entrad ahí, y no perdais una palabra de cuanto voy á decir. Cuando me hayais oido, si me creéis indigno, salid por la puerta de ese gabinete que da al corredor; no viéndoos aparecer cuando el baron marche, lo comprenderé todo. Dentro de una hora dejaré á Munich, y en tres dias la Baviera; no me vereis mas. Si, por el contrario, á pesar de lo que oigais, me seguís amando; entonces, Sofia, no me perteneceré! Soy vuestro en cuerpo y en alma; vos ordenareis, y yo obedeceré vuestras órdenes! Ireis delante de mi, y os seguiré por todas partes; y cuando os plazca deteneros, caeré ante vos diciendo: Sofia, no es vuestro esposo, es vuestro esposo quien se halla á vuestros pies!

(apareciendo.) El baron de Warden.

Entrad, Sofia, entrad! (entrándola en el gabinete de la izquierda.)

ESCENA XVI.

EDUARDO, el BARON, en traje de oficial bávaro.

(con dulzura.) Buenos dias, mi querido Steven. ¿Habéis con alguien? Os soy molesto?

Por el contrario, sois mil veces bien venido! Debía ardientemente veros, señor baron, y me disponía á ir á vuestra casa.

De modo, que los dos teníamos el mismo pensamiento y el mismo deseo; pero á vos, Eduardo, no me inspira un sentimiento egoísta el que os dirigiera á mi; yo no tendréis que hacerme alguna confianza, ni un secreto que depositar en mi seno.

Tal vez.

Pues hablad entonces; si un pesar confiado á un amigo se hace mas ligero, decid que no lo soy vuestro, y á partir desde hoy, no pierde su gravedad.

Me adivináis y me prestais valor. Siempre noble, siempre generoso! Os reconozco bien!

BAR. Hablad, ya os escucho.

EDU. Dios mio!

BAR. Qué teneis?

EDU. En el momento de abordar una confesion terrible, vacilo, y tiemblo. Oh baron! Quisiera, en vez de debérselo todo, haberos prestado alguno de esos servicios eminentes, que comprometen á un hombre con otro.

BAR. Ese servicio eminente, que sentis no haberme prestado, venia precisamente á reclamarlo de vuestra amistad. Dejadme hablar el primero; prometedme obrar segun el deseo de mi corazon, y entonces hablareis vos, y mi reconocimiento será tan grande, que cualquiera que sea el servicio que me pidais, y que yo os preste, me veré en deuda con vos, puesto que os deberé la felicidad de toda mi vida. (le toma el brazo, y le lleva al canapé.)

EDU. Acepto el pacto santo que me ofreéis, y juro fidelidad á vuestros intereses, aun cuando el camino de vuestra felicidad deba pasar sobre mi tumba. (se sienta junto el canapé.)

BAR. Escuchad. (estrechándole la mano.) Mi juventud ha sido una juventud muy triste; he llegado á la edad de veinticinco años sin amistad y sin amor.

EDU. Y ahora?

BAR. Ahora tengo los dos. Un amigo, que me ama, y una muger á quien amo.

EDU. Sabeis ya que hoy vuestro padre, el conde de Warden...

BAR. Os ha encargado de sondear mis sentimientos respecto á mi prima la condesa Luisa. Lo sé.

EDU. Y en tal caso...

BAR. La condesa Luisa, no es la muger á quien amo, Eduardo.

EDU. Pero vuestro padre se regocija con este casamiento.

BAR. Mi padre sabe demasiado lo que es una union, en la que de una parte falta el amor, para insistir en la mia, asi que le digais, que no solamente no amo á la condesa Luisa, sino que amo á otra muger.

EDU. A otra muger!

BAR. Le direis que amo á la condesa Sofia.

EDU. La condesa Sofia! (levantándose.)

BAR. Qué teneis? (id.)

EDU. Nada; pero dejadme hablar francamente, baron. No creo que la condesa Sofia os ame.

BAR. No lo creéis? Por qué? De dónde nace esa duda? No me respondeis? Pareéis turbado.

EDU. Sabeis que vuestro padre me habia encargado hablaros de vuestro casamiento con la condesa Luisa. Espera una respuesta. Qué le diré?

BAR. Nada; no le digais nada de mi amor. (pasando con mucha frialdad por delante de él.) Yo mismo le hablaré, porque siendo un asunto entre el padre y el hijo, es inútil que un extraño se ocupe de él.

EDU. Un extraño?

BAR. Dispensadme, Eduardo; pero me parece que no sois muy favorable á la condesa Sofia.

EDU. Yo?

BAR. Desde que he pronunciado su nombre, cualquiera diria que un soplo de hielo ha pasado entre nosotros!

EDU. Os he jurado fidelidad, fidelidad indestructible, baron! Dudais de mi palabra?

BAR. No, sé que sois un hombre, con cuya fé se puede contar; la confianza ha aliviado mi corazon; á mi ver, tengo en el mio un lugar para vuestro disgusto.

EDU. Barón, mi historia no es de aquellas que se cuentan á las personas felices.

BAR. Eduardo, me habeis ofrecido...

EDU. Os escribiré.

BAR. No queriais hablarme hace poco?

EDU. He reflexionado, y no puedo ahora. Un escrito valdrá más que mis palabras.

BAR. Qué teneis, Eduardo? Palideceis!

EDU. Yo? Por el contrario, esta es la primera vez hace mucho tiempo que me siento bien; porque, á contar desde este momento, mi partido está irrevocablemente tomado. Veré á la condesa Sofia, y... tranquilizaos, procederé del mejor modo posible.

BAR. Pero yo, Eduardo, no puedo hacer nada por vos?

EDU. Nada; absolutamente nada, baron. A Dios.

BAR. Entonces, hasta mas ver. (toma el sombrero.) No sé, Eduardo, pero vuestro cambio súbito...

EDU. Desconfiais de mi amistad?

BAR. (después de vacilar.) No! no! Eduardo, mi felicidad queda en vuestras manos. (volviéndose al partir.)

ESCENA XVII.

EDUARDO, SOFIA.

EDU. Sofia! (viéndola en el dintel del gabinete.) Soy bastante desgraciado!

SOF. Por qué motivo? En qué ha cambiado la situacion?

EDU. El baron os ama, y he jurado...

SOF. Si, habeis jurado servirle cerca de mi; pero yo he jurado tambien no escuchar lo que teneis que decirme!

EDU. (con fiebre.) Me escuchareis, no obstante, Sofia, porque voy á hablaros de lo mas profundo de mi corazon; porque el baron de Warden es un noble espíritu, su alma es digna de la vuestra, y cuando os ofrece un nombre sin mancha, un amor inmenso, una fortuna real, debo decir: «Sofia, ese es vuestro esposo; no penseis mas en mi!»

SOF. Por qué no he de pensar en vos?

EDU. Porque yo no tengo nada de lo que él tiene; porque tanto como él es digno, soy yo, Sofia, indigno de vos.

SOF. No os comprendo.

EDU. Recordais que os abri la puerta de ese gabinete, para que oyeseis un secreto terrible que iba á confiar al baron?

SOF. Y no se lo habeis confiado.

EDU. No, porque era inútil para él; pero á vos, Sofia, debo revelarlo todo sin demora, al instante mismo.

SOF. Hablad, Eduardo; ya veis que os escucho con calma, que espero sin palidecer.

EDU. En nombre del cielo, Sofia, tened piedad de mi, renunciad á mi, amándome, estimándome. Mi felicidad, al precio de lo que tengo que decir, seria comprada demasiado cara, porque entonces... Oh! aun con vuestro amor no habria ya felicidad para mi.

SOF. Eduardo, cuanto mas terrible es ese secreto, mas, yo vuestra prometida, yo vuestra muger, tengo el derecho de conocerlo, y de compartirlo.

EDU. Sofia, el baron de Warden os ama, hará de vos una muger rica, honrada, y feliz. Sofia, os lo ruego... casaos con el baron Warden.

SOF. Espero el secreto que me habeis prometido.

EDU. Lo quereis? Pues bien....

SOF. Pues bien.

EDU. Soy...

SOF. Acabad.

EDU. Soy un... Oh! nunca tendré valor para pronunciar esa palabra! No! no! (pasea con grande agitacion.)

SOF. Habeis dicho que escribiriais. Escribid!

EDU. Lo exijis, Sofia? (pasando muy rápidamente junto á la mesa, dice después en el momento de escribir arrojando la pluma.)

SOF. No exijo nada, no quiero nada; hablad ó callaos; poco me importa! Os he dicho que os amaba, y cuando una muger como yo ha dado su corazon, es para siempre.

EDU. No, no habeis prometido nada, nada habeis ofrecido, ningun juramento os liga; os devuelvo vuestra palabra, Sofia, al daros este papel, en el cual firmo yo mismo mi sentencia de muerte. Tomad. (Sofia toma el papel y quiere leer, pero Eduardo lanza un grito)

Oh! No aqui, no delante de mí! Moriria de vergüenza! Sofia! Sofia! A Dios! (la conduce hasta la puerta y viene á caer en un sillón en primer término.)

ESCENA XVIII.

EDUARDO, solo.

Oh! Ahora es cuando estoy verdaderamente perdido

ESCENA XIX.

EDUARDO, SOFIA.

(La puerta se abre de nuevo, Sofia aparece en el dintel, se acerca lentamente, y toca la espalda de Eduardo el cual, al verla, se echa hacia atrás, lanzando un grito)

EDU. Ah!

SOF. Eduardo, la falta es grande; pero la misericordia de Dios es infinita, como mi amor!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion. Mesa á la izquierda; un sillón al lado, y otro á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

MEYER, BENAZETI, CONSTANTI.

MEY. Y qué tenemos?

BEN. (viniendo del fondo.) Nuestro hombre ha quedado confundido, cuando le llamé por su nombre.

MEY. Entonces, es él?

BEN. Quién lo duda?

MEY. Eduardo Rusberg de Manhein!

BEN. El mismo.

MEY. Ah! Ya es nuestro!

BEN. Parece que estais satisfecho. (á Meyer.) Decidme, me parece que el baron ha estado ayer mucho tiempo hablando con Steven.

MEY. Y ha salido bien triste.

BEN. Triste? Pero por qué, sabeis?

CONS. El baron rehusa casarse con la condesa Luisa.

BEN. Y conoceis la causa de la negativa?

MEY. Yo arriesgaria mi opinion.

BEN. Arriesgadla, Meyer.

MEY. Pues bien, juraria...

CONS. Qué?

MEY. Que el baron está por la condesa Sofia.

BEN. Pues no deciais que era Steven el que gustaba de ella?

MEY. Y qué habria de extraño en que dos hombres tuviesen enamorados de la misma muger?

BEN. (alegre, y pasando en medio.) Pues entonces señor secretario está perdido sin recurso. Tres amigos á la vez; el ministro, el baron Karl, y la condesa Luisa, á la cual se puede hacer comprender, con cierta destreza, que debe á una traicion de Steven una negativa, que le insulta. Me encargo de ello

Chiton!
 Dos. Qué?
 Ella es!

ESCENA II.

Dichos, la CONDESA LUISA.

Está en su despacho mi tío, Meyer?
 El rey le ha llamado, señorita; pero tal vez haya
 rado por la escalera secreta.
 (*sentándose á la izquierda.*) Aseguraos de ello, y
 guntadle si puede recibirme. (*Meyer vase; Ben-
 se acerca á la condesa.*)
 Condesa, permitid que aproveche la ocasion de
 laros en mi camino, para presentaros mis res-
 sos homenajes, y ser el primero en felicitaros.
 De qué, caballero?
 De vuestro casamiento, condesa. No os casais con
 aron Karl? (*movimiento de Luisa.*) (Sabe la ne-
 va.)
 saliendo.) Aquí está su excelencia.
 Esto marcha. Ahora al baron. (*salen.*)

ESCENA III.

LUISA, el MINISTRO.

Me pides audiencia, hija mia? (*abrazándola.*)
 No, tío. Deseaba solamente saber si teniais al-
 en con vos.
 Si tenia alguien conmigo? Detrás de esos bellos
 os se oculta una confianza, que solicita salir.
 Tío, siempre habeis sido tan bueno, tan indul-
 te para mi, que estoy segura que lo sereis hoy
 bien.
 Indulgente! Desde que te recogí de manos de tu
 lre moribunda, de mi pobre hermana, nunca has
 esitado de mi indulgencia.
 Oh mi querido tío!
 En dónde está nuestro corazón? Tan alegre ayer,
 qué parece hoy tan triste?
 Conoceis que es la tristeza la que me conduce á
 stro lado?
 Hay necesidad de preguntártelo? Pero inútilmen-
 usco la causa de esa tristeza. Has visto á Karl?
 i.
 Y qué te ha dicho?
 (*conteniendo sus lágrimas.*) Oh! no ha habido
 tion entre nosotros de vuestros proyectos; pero
 ando, me ha dicho lo que él sabia ya; que me
 ba como se ama á una hermana; y yo me he
 rcibido de lo que ignoraba... y es, de que le amo
 o se ama á un hermano.
 ¡Gú!
 Oh! Os lo juró, tío!
 Alza un poco tus bellos ojos, y mírame, Luisa.
 amas á Karl como á un hermano?
 Al menos, trataré de hacerlo... lo conseguiré. (*cae
 codillas.*) Oh! soy muy digna de lástima! Karl
 á otra muger!
 A otra que no es mi Luisa? Si, algun amor de
 n; algun capricho, que se toma por una pasion,
 ando el corazón está desocupado... cuando se tie-
 veinte años. Pero un amor verdadero, un amor
 resista al tuyo, un sentimiento que pueda equi-
 ar la felicidad, que todo hombre experimentaria
 andote muger suya! No! Karl no ha conocido
 ca ese sentimiento, no; aun cuando su corazón
 viesse consagrado á otra, una de tus miradas bas-
 a para arrojarle de él eternamente.
 ama á otra, y no es, como lo decis, una fantasia

del momento, un capricho pasajero, como la hora
 que lo viera nacer. La muger á quien ama no sabria
 inspirar mas que un amor profundo y verdadero, y
 no podeis imputarle como crimen este amor; y yo
 tampoco puedo quejarme. Es culpa suya que su co-
 razon haya hablado? Sé yo misma cómo, y cuándo
 he amado? Y de este sentimiento, que dormia en el
 fondo de mi alma, sospechaba yo la fuerza antes de
 haber sido tan feliz con una esperanza, y tan des-
 graciada con una realidad?

MIN. Pero conoces tú á esa muger? Quién es?

LUI. Esa muger es digna de vos, es digna de él. Esa
 muger es la condesa Sofia!

MIN. Sofia! Ese casamiento es imposible! Quién te ha
 dicho?... Cómo sabes?..

LUI. Preguntad á Steven; él es el confidente de vues-
 tro hijo.

MIN. Steven! Steven tenia conocimiento de ese amor,
 y me lo habia ocultado! Steven ha podido engañar
 mi confianza!

ESCENA IV.

Dichos, EDUARDO.

MIN. Venid, Steven, acercaos. No necesito deciros de
 qué estamos hablando; las lágrimas de esta niña os lo
 harán adivinar. Espero que me explicareis al mo-
 mento...

LUI. Oh! cuando yo no esté aquí!

MIN. (*llevándola con dulzura á la puerta de su gabi-
 te.*) Tienes razon; no debe ser delante de ti, pobre
 alma destrozada! Pobre angel, cuyo celeste candor
 es olvidado! Anda, hija mia! (*la abraza, y vase
 Luisa.*)

ESCENA V.

El MINISTRO, EDUARDO.

MIN. Señor Eduardo, al iniciaros en mis asuntos de fa-
 milia; al encargaros de una mision intima, os di, mas
 que una señal de confianza, os di una prueba de
 amistad. Para vos, la fidelidad era un deber; habeis
 cumplido con este deber?

EDU. Nada tengo de qué acusarme, monseñor.

MIN. Habeis visto á mi hijo?

EDU. Lo he visto.

MIN. Y conociendo su negativa á obedecerme, el des-
 precio que hace de mis mas queridas esperanzas, no
 habeis juzgado á propósito informarme é instruirme
 del estado de su corazón?

EDU. Monseñor, hay ciertos momentos, ciertas circuns-
 tancias, en las que se vacila, para hacer aquello mis-
 mo, que se considera como un deber.

MIN. Y creéis, caballero, que me hubiese sido mas
 penoso saber de vuestra boca la negativa de mi hijo,
 que ser instruido por esa niña? No sabeis que ella le
 ama, y que el dolor que siente hoy, hubiera podido
 evitarse si me hubieseis prevenido? Habria llamado
 á mi hijo, habria reducido á la nada con una espres-
 sion sus proyectos insensatos! Pero acaso habeis so-
 ñado para él, y como él, en otro casamiento! Yo os
 digo que ese casamiento no se efectuará, que no lo
 quiero! Que es imposible!

EDU. Karl ama á la condesa Sofia, monseñor.

MIN. Callaos!

EDU. La ama! Y cuando me hizo la confesion de sus
 sentimientos...

MIN. No los combatisteis?

EDU. No podia, monseñor.

MIN. No podiais!

EDU. No; porque me dijo que la felicidad de su vida estaba ligada á aquella union.

MIN. Y desde entonces, vencido por esa confesion, habeis guardado silencio!

EDU. He hecho mas, monseñor; he cedido á la voz de un amigo y á sus ruegos; le he dado mi palabra de servirle y de ayudarle.

MIN. Desgraciado! Sabéis si existe un secreto... una razon terrible; que se oponga al casamiento de mi hijo con la condesa Sofia? Y ademas, no os habia yo significado mis designios y mi voluntad? Quién os ha absuelto de los deberes que vuestra posicion; y vuestro reconocimiento os impone? Habeis renunciado á la posicion en que os he colocado? He recibido, por ventura, vuestra dimision?

EDU. Venia á rogaros que la aceptaseis, monseñor.

MIN. Vos! Steven! Ayer debisteis dármela. Pero la acepto; remitidmela! Teneis razon, caballero; las relaciones entre ambos son en adelante imposibles; y en todo evento, mas quiero separarme de un ingrato, que desconfiar de un traidor.

EDU. Monseñor!

MIN. Espero vuestra dimision. (*Eduardo se inclina; el ministro sale.*)

ESCENA VI.

EDUARDO, CRISTIAN. *Eduardo está absorto; despues, de repente, va á la mesa.*

CRIS. Estais solo, señor Eduardo?

EDU. (*escribiendo.*) Entra, Cristian.

CRIS. Yo no sé lo que pasa en nuestro alrededor; pero estoy inquieto de cuanto veo; parece que una gran catástrofe nos amenaza; y vuestra misma agitacion...

EDU. (*levantándose.*) Cristian, partimos dentro de una hora.

CRIS. Dejar á Munich!

EDU. Para no volver nunca.

CRIS. Nunca? No queda aquí nadie á quien sintais? Que sienta separarse de vos? No deciais que os aman?

EDU. Si, si; ella me ama!

CRIS. Y partis á pesar de esto?

EDU. Por causa de esto, Cristian; para que ella me olvide; para que ella ame á otro.

CRIS. Oh! si el mundo conociese toda la nobleza de vuestra conducta!

EDU. Yo no procedo para obtener su aprobacion, sino para estar satisfecho de mi mismo! Que todo esté pronto dentro de una hora. Marcha.

CRIS. Y á dónde vamos!

EDU. Lo sé yo mismo? A dónde el azar nos conduzca! Digo nos conduzca, porque no te negarás á seguirme otra vez, no es verdad? Aun cuando no sepa de qué viviremos, y si tendré pan que poderte dar.

CRIS. Dejaros yo, señor! Nunca, nunca!

EDU. Sofia! (*viéndola que entra por la izquierda.*) Ni una palabra! (*Cristian vase lentamente.*)

ESCENA VII.

EDUARDO, SOFIA.

SOF. Os creia con el ministro, Eduardo.

EDU. Su escelencia ha entrado en su gabinete, y no me ha dicho que le siga.

SOF. Luisa ha estado aquí; la he encontrado hace un instante, y parecia que evitaba mis miradas.

EDU. La Condesa Luisa sufre con su amor, que ya sabe no es correspondido, y vuestra presencia, es á la vez para ella un recuerdo y un dolor.

SOF. Pero ella será feliz; yo no amo al baron de Karl.

EDU. El baron de Karl os ama, señora.

SOF. Me olvidará, porque no puedo ser suya, bien sabeis.

EDU. Si; sé que bella, feliz, colmada de todos los do que se deben á Dios, y de todos los favores que deben á la casualidad, habeis dicho á un hombre quien los acontecimientos de la vida habian arrojado en vuestro camino, á un desgraciado... á un culpado.

«Os sacrificio esta felicidad, renuncio á este bien os doy este tesoro.» Y lo hubieseis hecho, Sofia, si habeis! Las palabras que han caido de vuestro oido son las he recogido una á una en el mio; no sald nunca, Sofia! Las llevaré conmigo al cielo!

SOF. Eduardo, qué es lo que teneis? De dónde nace esta emocion? Me estais hablando, como si no debiese vernos mas!

EDU. El ministro!

ESCENA VIII.

Dichos, el MINISTRO.

MIN. Y bien, caballero? (*á Eduardo.*)

EDU. Tomad, monseñor (*despues de un momento de duda, entregándole la dimision que acaba de escribir.*)

MIN. En vuestro cuarto hay papeles importantes, interesan al Estado: entregádmelos, ó remitidlos antes de vuestra partida.

SOF. (*Su partida!*) (*Eduardo, despues de haber echado una mirada dolorosa á Sofia, se inclina y sale silenciosamente.*)

ESCENA IX.

SOFIA, el MINISTRO.

SOF. Steven os deja?

MIN. Si.

SOF. Por mucho tiempo?

MIN. Para siempre.

SOF. Entonces ese papel...

MIN. Es su dimision.

SOF. Que os ha dado, ó que le habeis pedido?

MIN. Que me ha ofrecido y que he aceptado.

SOF. No ignorais que vuestra proteccion le ha creado aqui enemigos mortales?

MIN. Steven en esta circunstancia no ha tenido un enemigo que él mismo.

SOF. A vos, que sois á la vez la indulgencia y la severidad, no necesitó decir que tal vez no existe un hombre que en su conducta pasada no tenga a agradecer la reconvencion que hacerse.

MIN. Ignoro á qué aludis, condesa. Aquí no se trata de la conducta pasada, sino de la conducta presente. Steven, encargado por mi de una mision de confianza cerca del baron Karl. En donde yo esperaba encontrar la fidelidad, he encontrado la traicion!

SOF. (*Oh! lo adivino todo! Pobre Eduardo!*)

MIN. En suma, el señor Steven ha cometido para mí graves errores; los ha comprendido, y se ha enmendado.

SOF. Estais bien seguro de que se halle convencido de esos errores? Crecis firmemente que esos errores son la causa de su alejamiento? No os ha acudido al pensamiento la idea de que podia existir otro motivo el que suponeis en esa partida tan precipitada; que se asemeja á una huida? No habeis oido decir, que en otro tiempo un corazón tan grande que fuese capaz de abandonar por una desgracia cierta, inaudita, una fidelidad, de la cual temia creerse incapaz. Esos hombres... consideradlo bien, monseñor; una vez ausentes, dejan un remordimiento en

razon de aquellos que los han desconocido! Pues bien! Yo os digo, Monseñor, que Steven es uno de esos hombres; os digo que esa accion que le afeais como una traicion, y que yo considero como una fidelidad suprema, esa accion ha necesitado una fuerza sobrehumana para cumplirse. Os lo digo asi, monseñor, y con la ayuda del Omnipotente, os daré la prueba de lo que os digo! (*sale vivamente por la izquierda.*)

ESCENA X.

El MINISTRO, solo.

¿Qué es lo que quiere decirme? Qué es lo que pasa aqui? Qué es lo que hay en el alma de Steven! Qué secreto me oculta á mi, que creia saber todos sus secretos? En los tres años que le estudio, no he sorprendido en él un sentimiento, una idea que no pudiese confesar en alto y á la faz de todo el mundo. A cada nueva muestra de favor ó de confianza que le daba, respondia con la fidelidad y el cariño mas absolutos. Severo para si, indulgente para los demas, infatigable en el trabajo, esraño á los placeres; inaccesible á la corrupcion, buscando á fuerza de delicadeza, y para satisfacer su conciencia, rescatar una falta de la juventud que no ree conocida mas que de él, y que yo conozco; habiéndola rescatado con tanta largueza, que le considero mas puro que á un hombre que nunca hubiese delinquido... hé aqui el Steven de ayer; y hoy tengo que reguntarme... «Es traidor? Es ingrato?»

ESCENA XI.

El MINISTRO, KARL; despues MEYER.

KARL. Es lo uno y lo otro, padre mio; ingrato para con vos, traidor para conmigo.
 MEYER. Para con vos?
 KARL. Traidor para conmigo, que le he acogido pobre, honrado y perdido; que le he traído por la mano, y dije: «Buscais un hombre; tomad este, padre mio.» Ingrato para con vos, que le habeis recibido como a segundo hijo, colmado de distinciones y de favores; si, ingrato para con vos, traidor para conmigo! Steven ama á la Condesa Sofia!
 MEYER. Steven!
 KARL. Comprendeis al orgulloso, á quien el titulo de secretario vuestro no basta; al ambicioso, á quien haceis primero despues de vos, y que busca un escalon para fijar el pie, para subir á una altura, y que lo fija bre mi corazon?
 MEYER. Ama á la Condesa Sofia!
 KARL. No podeis creer semejante imprudencia, no es verdad? La Condesa Sofia, una joven noble, titulada rica, que habeis tratado como hija vuestra; y es á la á la que se ha dirijido... es á ella á la que ama.
 MEYER. Steven!
 KARL. No solamente la ama, sino que es amado!
 MEYER. Steven! (*llamando á la izquierda.*) Llamaba á Steven. (*á Meyer que entra.*)
 MEYER. Al momento, monseñor!
 KARL. No, quedaos; la condesa Sofia es la que debe rescatarme.
 MEYER. Dispensadme, señor, pero las personas que esperaba de Manhein...
 KARL. Han llegado ya? Está bien. (*vase Meyer; el ministro á Karl.*) Lo que me habeis dicho de Steven lo creo; porque si fuese asi, si amase á la Condesa Sofia; sobre todo, si fuese amado de ella, ese Steven se acusais, y del cual yo sospechaba, ese Steven se el mas honrado, el mas noble, el mas generoso de

los hombres; porque aqui, ahora, en este sitio, me implora por otro, me pedia la mano de la Condesa Sofia para vos, para vos, su amigo.

KARL. Steven, decid!

MIN. Esperadme aqui, caballero. (*vase vivamente por la izquierda.*)

ESCENA XII.

KARL, despues EDUARDO.

KARL. La ama, es amado, y pedia su mano para mi! (*viendo á Eduardo.*) Venid, Eduardo. Es cierto que habeis hablado por mi á mi padre?

EDU. No me habia comprometido á ello? (*viniendo del fondo.*)

KARL. Si, pero cuando os pedi ese compromiso, ignoraba que era comprometer vuestra felicidad.

EDU. Quereis decir mi posicion; porque es á vos á quien la debia, y soy muy feliz sacrificándola. Su excelencia ha recibido mi dimision.

KARL. Vuestra dimision?

EDU. Hé aqui estos papeles importantes, que os ruego entreguéis á vuestro padre; aseguradle, sobre todo, mi eterno reconocimiento, del cual temo que haya dudado un instante. A Dios, baron.

KARL. Cómo! Partis?

EDU. Si.

KARL. Dejais á Munich?

EDU. Dejo la Baviera.

KARL. No, Eduardo; no partireis asi; es imposible. (*dete- niéndole.*)

EDU. Partiré al momento.

KARL. Steven, con mucha frecuencia habia oido hablar de generosidad, de adhesion y de lealtad, pero á vos correspondia dar el ejemplo mas admirable. Partid, pero estad seguro de que dejais aqui un corazon, que os estará reconocido hasta la muerte. Vuestra mano, Steven.

ESCENA XIII.

Dichos, CONSTANTI; despues, MEYER.

CONS. Oh! el baron lo sabrá. (*en la antecámara.*) No es verdad que lo sabeis, señor baron?

KARL. Qué he de saber?

CONS. A dónde ha ido la Condesa Sofia?

KARL. Explicaos.

CONS. Al dejar al señor Steven y al ministro, ha subido á su cuarto, y despues de haber hecho misteriosamente abanzar un carruage de plaza, ha partido.

KARL. Partido!

CONS. Partido sin que nadie sepa el motivo, ni de qué lado ha dirigido su fuga.

KARL. Partido, y vos tambien dejais á Munich, señor Steven! Partir la Condesa! Es cierto, Meyer?

MEYER. En efecto; la Condesa Sofia no está en su habitacion. (*entrando.*)

KARL. Se ha alejado asi, furtivamente... sin la orden de mi padre, sin que él supiese que ella se alejaba! Lo que estais diciendo es imposible, señores!

MEYER. Fue precisamente lo que dijo su excelencia al encontrar sola su habitacion, y antes de leer la carta que ha dejado para él.

KARL. Ha dejado una carta para mi padre?

MEYER. Si, muy larga, y con muchas explicaciones; y otra tambien para vos.

KARL. Para mi! Dádmela! (*la toma y lee.*) «Señor Steven...» Esta carta no es para mi.

MEYER. Pues para quién es?

KARL. Para el señor Steven.

MEY. Ah! qué torpeza!.. (Una torpeza meditada!) (bajo á Constanti.)

KARL. Y deciais, caballero, que ignorabais la partida de la Condesa Sofia?

EDU. Baron, os juro que es ahora, y de los labios de esos señores...

KARL. Esta carta es para vos, y no puedo menos de entregárosela; pero un hombre que no tiene nada que reprocharse, un hombre honrado, la leeria en alta voz.

EDU. (rompiendo el sobre y leyendo en voz alta.) «Steven, no sois vos quien partirá primero; soy yo la que primero partirá. Voy á esperaros en el camino de Manhein.»

KARL. Qué decis, caballero?

EDU. Karl, hay fatalidades...

KARL. Esa carta... esa carta...

EDU. No la leeré.

KARL. Pero yo la leeré! (queriendo arrancársela.)

EDU. Guardaos, caballero! Es el secreto de una muger, y estoy encargado de su defensa!

KARL. Decid el vuestro. Por última vez, dadme esa carta! (Eduardo atraviesa lentamente el teatro. Después de un momento de duda, rompe la carta.) Ah! A mi vez os digo, guardaos, caballero! Al mismo tiempo que esa carta, habeis desgarrado mi honor!

EDU. Caballero!

KARL. Vos partis, y la Condesa Sofia parte al mismo tiempo que vos. Ella os escribe al partir, y no osais leer en alta voz lo que os escribe! Os creeriais insultado, si os dijese que sois un impostor?

EDU. Karl!

KARL. Vengo á buscaros, como se busca á un amigo; os abro mi corazon, como se hace con un hermano; vos me callais al oír mis secretos, y amais á la muger á quien yo amo! Venis á suplicar á mi padre que me dé la mano de la Condesa Sofia, y la robais entretanto! Os creeriais, en fin, insultado, si con mi desprecio os arrojase al rostro mi guante? (se lo arroja.)

EDU. Una espada, vamos! Una espada!

KARL. Vamos! Vamos! (se lanza en el cuarto de la izquierda; Constanti y Meyer salen precipitadamente por el fondo.)

EDU. Ah! Era demasiado sufrimiento, Dios mio, y me debéis algun alivio! Habeis comprendido que era preciso verter la última gota en el caliz, pronto á desbordarse, á fin de que antes de morir el paciente que hace cuatro años teneis en el martirio, pueda achacar á un hombre, y no al destino, todo lo que ha sufrido. (corriendo á Karl, que entra con dos espadas, y apoderándose de una.) Venid, baron, venid! Será una lucha sin misericordia; un combate mortal, no es verdad? (alzando su espada.) Oh! gracias, arma libertadora; gracias, hierro con el cual mate ó por el cual sea muerto! Vamos!

ESCENA XIV.

Dichos, BENAZETI; aparece por la puerta del cuarto del centro con MEYER y CONSTANTI.

BEN. A dónde vais, señores?

KARL. Acompañadme, me servireis de testigo.

BEN. Y con quién os batis?

EDU. Conmigo.

BEN. El baron Karl no puede batirse con vos.

KARL. Por qué razon?

BEN. (á Eduardo.) Decid al baron Karl que nadie puede batirse con vos, señor Eduardo de Rusberg de Manhein!

EDU. Ah! (dejando caer su espada, y cayendo abatido en un sillón.)

BEN. Ya lo veis!

KARL. Tan cobarde como infame! (tira la espada.)

EDU. Dios mio! Dios mio!

LUI. Eduardo! (que acaba de entrar, con voz compasiva y tomándole la mano.)

EDU. Ah! Bien me dijeron que en el camino del martirio colocaba Dios sus ángeles!

UN UGIER. (desde la puerta foro.) El ministro!

LUI. Tio, tened piedad! (yéndole al encuentro.)

ESCENA XV.

Dichos, EL MINISTRO, LUISA, CRISTIAN.

MIN. Señor Eduardo Rusberg de Manhein, tomé vuestra dimision. Hice mal aceptándola (Luisa tiene la mano á Eduardo; sigue el ministro mirando á Constanti y Benazeti, que permanecen confusos.) Señor Eduardo Rusberg de Manhein, el rey os hace su Consejo privado, con el título de baron de Steven, y os nombra comendador de la Orden del Mérito civil de Baviera; baron, podeis batiros con ese caballero. (recogiendo la espada de Karl.)

KARL. Cómo quereis que me bata con un hombre quien públicamente rendis un homenaje semejante!

MIN. Entonces, dadle esplicaciones, y ofrécedle la mano de la condesa Sofia!.. (bajo.) De la condesa Sofia, vuestra hermana!

KARL. Mi hermana! Es mi hermana! (aparte, abatido el ministro tiende la mano á Steven. Steven se arrojó á sus pies. El ministro hace una seña á Cristian, sale por la derecha.)

MIN. Sois ahora dichoso, Rusberg? No falta nada para vuestra felicidad?

EDU. Me falta un perdon! Un perdon que iré á buscar!

MIN. Recibidlo!

ESCENA XVI.

Dichos, RUSBERG, apareciendo delante de Cristian.

RUS. Yo te perdono!

EDU. Padre!!!

RUS. Hijo mio!!!

(Eduardo se adelanta al encuentro de su padre; cae en los brazos de su padre; Karl cae absorto en un sillón de la derecha; Benazeti y Meyer aparecen con el rostro abochornado; Cristian contempla con placer á Eduardo en los brazos de su padre.)

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1855.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.